

SERVICIO SECRETO

**BRU  
GUE  
RA**

BOLSILIBROS

**T** POLICIACO

**LA ISLA  
DE LOS ESPIAS**

**Curtis  
Garland**







# SERVICIO SECRETO







**CURTIS GARLAND**

# **LA ISLA DE LOS ESPÍAS**

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.754

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES**

**CARACAS - MÉXICO**





ISBN 84-02-02513-7  
Depósito legal: B. 9.509-1984

Impreso en España - Printed in Spain  
1.<sup>a</sup> edición en España: abril, 1984  
1.<sup>a</sup> edición en América: octubre, 1984

© Curtis Garland - 1984  
Texto

© Martin - 1984  
Cubierta

Concedidos derechos de autor a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Camps y Fabrés, 5 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas  
que aparecen en esta novela, así como las  
situaciones de la misma, son fruto exclu-  
sivamente de la imaginación del autor,  
por lo que cualquier semejanza con per-  
sonajes, entidades o hechos pasados o  
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona - 1983





**OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.748 - Agente Muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

1.135 - Quema el asfalto.

En Colección LA HUELLA:

134 - Pasaje sin salida.



## PRÓLOGO

### EL ANFITRIÓN

El hombre rubio, de edad madura y rostro inescrutable, se abotonó lentamente la camisa. Sus ojos azules aparecían como perdidos en la distancia, en algún inconcreto punto del vacío que sólo él podía ver.

Su faz no expresó la menor emoción mientras se cubría después con el batín de seda y lo anudaba muy despacio. Caminó lento y calmoso hasta la ventana. Miró al exterior. Sin cambiar de postura, preguntó:

—¿Es... seguro?

Siguió un silencio. Los tres hombres reunidos a sus espaldas en la amplia y suntuosa sala repleta de vitrinas con figurillas de jade, marfil, plata y oro, panoplias de armas exóticas, máscaras religiosas o profanas, guerreras o tribales, salpicando los muros entre costosos muebles de la más delicada madera, cambiaron entre sí miradas pensativas. Sus expresiones eran claramente preocupadas.

—Sí, señor —respondió uno de ellos, tras respirar hondo—. Totalmente seguro.

—Quisiéramos equivocarnos —corroboró el otro—. Pero no es posible.

—No, no lo es —confirmó el tercero—. No cabe la menor duda, señor.

Las anchas espaldas del hombre erguido ante la ventana permanecieron inmóviles. Nada en él pareció alterarse. Los tres se volvieron a mirar unos a otros en silencio.

—Bien —dijo al fin el hombre rubio, sin volverse—. Gracias por todo, señores. Pueden retirarse. Mi secretario les abonará sus honorarios, y mi piloto les llevará de regreso a la ciudad.

—De verdad hubiera deseado que el diagnóstico fuese muy diferente —habló el que lo hiciera antes en primer lugar, con tono vacilante—. No es nada agradable llegar a ciertas conclusiones.

—Para ustedes, no sé. Para mí, desde luego, no —fue la fría respuesta del otro, sin volverse hacia ellos una sola vez. Luego añadió, con helada cortesía—: Buenas tardes, doctores.

—Adiós, señor —fue la respuesta de uno de ellos, coreada por los otros dos.

Salieron de la estancia. El hombre rubio continuó mirando al exterior. Les vio abandonar la casa minutos más tarde, con sus maletines respectivos, y dirigirse al cercano helipuerto. Subieron al helicóptero que esperaba. Sus hélices se pusieron en funcionamiento. Remontó el vuelo agitando la bien cuidada hierba en derredor, y se elevó, sacudiendo las ramas de los árboles con el torbellino de aire que levantaba a su paso. El helicóptero se alejó con los tres visitantes.

A sus espaldas sonó el leve golpear en la puerta. Luego, unas pisadas suaves por la moqueta roja de la sala.

—Ya se marcharon los doctores, señor —dijo una voz tranquila—. ¿Desea algo?

—No, gracias —respondió sin moverse de la ventana—. Estoy bien, Gorka.

—¿Eso dijeron ellos?

Se volvió despacio. Miró al recién llegado. Luego negó con la cabeza.

—No —dijo—. No fue eso precisamente. Pero sé encajar un golpe, amigo mío. Aprendí a hacerlo a lo largo de toda mi vida. También sabré hacerlo ante la muerte.

—¿La muerte? —Se inquietó el hombre de tez oscura y ojos negros y profundos erguido ante él.

—Sí, Gorka. El nombre no me asusta. Nunca me asustó —una vaga sonrisa flotó por los delgados labios del dueño de la casa—. Ahora tampoco. Quiero que hagas algo.

—Claro, señor. ¿Qué es ello?

—Siéntate y escribe. Quiero que redactemos una carta. Será una sola, común para varias personas. Quiero dar una fiesta.

—¿Se trata de invitaciones, entonces?

—Algo así —la mueca de la boca del hombre rubio se tornó

sarcástica—. Sí, podrían llamarse «invitaciones», ciertamente. La fiesta no será en absoluto rutinaria ni vulgar. Tampoco quiero que lo sean los invitados, de modo que deberemos redactar cuidadosamente ese texto, Gorka.

El otro asintió, sentándose ante un secreter de fina madera oriental con incrustaciones de plata y nácar, auténtica joya mobiliaria obtenida en algún anticuario especializado, extrajo una lujosa pluma fuente de oro, y una hoja de papel con un membrete en oro y azul, con caracteres y escudo en relieve.

—Cuando quiera, señor, puede empezar a dictarme —dijo, mirando con preocupada expresión a su jefe.

Éste asintió, pensativo, paseando por el salón sin aparente nerviosismo ni emoción de ningún género. Con voz pausada, comenzó a dictar a su secretario, mientras allá, en la distancia, el helicóptero sobrevolaba el mar, en dirección a la costa del continente, llevando a bordo a los tres grandes especialistas que había convocado en su mansión para una consulta médica de excepcional trascendencia:

«Estimado señor o señorita: Me es grato, con motivo de una especialísima y excepcional circunstancia relacionada con mi persona y con mi propio imperio financiero, enviarles estas líneas a guisa de personal invitación para que me conceda el alto honor de asistir a la recepción que tendrá lugar en la fecha abajo indicada, y en el lugar señalado, para conmemorar de modo adecuado dicha efemérides. Espero tenga a bien atender mi ruego y concederme así el placer de su presencia con tan destacado motivo. Yo, Zoltan Zimmerstein...»

«... Yo, Zoltan Zimmerstein, salúdole con tal motivo muy efusiva y respetuosamente, en la confianza de verle pronto en mi mansión de Isla Iguana para hacerle los merecidos honores que como anfitrión me corresponderán en tal momento».

Allí terminaba el texto del tarjetón de gruesa cartulina ocre,

bordeada de oro y con oro y azul en su membrete en relieve. Más abajo, figuraban los datos relativos al día y hora en que debía estar presente el destinatario en Isla Iguana, Caribe Occidental.

—¿Eso es todo, cariño?

—Eso es todo, sí.

—¿Y quién es Zoltan Zimmerstein?

—El amo del mundo.

—¿Quién? —La voz femenina reveló extrañeza.

—Bueno, algo parecido a eso —rió el destinatario del tarjetón, agitando éste como si fuese un abanico—. Es un magnate en todo: multimillonario, financiero, industrial, dueño de flotas mercantes, pesqueras, cadenas de joyerías, fábricas, empresas multinacionales de electrónica, alimentación y maquinaria, con intereses en el mundo entero, intercambio comercial con China, Unión Soviética, todo el continente americano, el europeo y también Australia. Influencias políticas en más de cien países, financieras en otros quinientos y así hasta el infinito. Ése es Zimmerstein. Mezcla de un Rockefeller, un Kennedy, un Onassis y un Aga Khan. Cientos de miles de millones de dólares invertidos en el mundo entero a su nombre. Ése es Zimmerstein. Hacedor de Gobiernos, fabricante de reyes, manipulador de independencias o de colonias, dueño de medio mundo y casi accionista del otro medio.

—Uf... Me aturde tanto título y tanto dinero.

—Y, sobre todo, tanto poder —sonrió él, dejando la tarjeta sobre una mesita, junto al zumo de fruta con alcohol—. Uno, a veces, no sabe si envidiar, temer o compadecer a una persona así, querida.

—¿Y por qué te invita a ti? —preguntó ella, mimosa, incorporándose de su hamaca y caminando hacia él con el ritmo ondulante de sus curvas, realzadas por la brevedad increíble de las dos piezas de su bikini dorado.

—No lo sé —se encogió de hombros el joven sentado bajo la sombrilla de topos de vivos colores—. Tal vez porque piensa comprar el Capitolio y la Casa Blanca.

—Oh, Brian, no bromees —se irritó la joven de melena roja y prominentes pechos, dando un golpe de talón en la hierba que rodeaba la piscina de cristalina agua—. Yo hacia la pregunta en serio.

—Y yo la contestaba sin bromas —declaró con gesto muy digno

el joven—. Espero que no sea Fort Knox lo que quiere comprar Zimmerstein.

—Y sigues con tus burlas —ella le pegó un pellizco, maliciosa—. ¿Sabes lo que me ha enfurecido de esa invitación? Que esa fecha rompería por completo nuestras vacaciones juntos. Si acudes a esa fiesta, adiós descanso. Me dejarás sola otra vez. Como en tantas otras ocasiones anteriormente.

—¿Quién ha dicho tal cosa? Si yo acudo a esa fiesta, vendrás conmigo, Yutte.

—¿Yo? —Yutte Sondgaard le miró con sorpresa, sin dar crédito a lo que oía—. Pero Brian, eso es imposible. Sólo te invitan a ti, está bien claro en esa tarjeta...

—El que me invita a mí, invita a mi chica —sonrió él, con gesto risueño—. Eso... o el muy opulento señor Zimmerstein, nuevo Midas universal, deberá renunciar a mi presencia en su mítica Isla Iguana.

—Oh, cielo mío, a veces eres encantador —ella se lanzó en sus brazos, besándole apasionadamente los labios—. ¿Quién se atrevió a decir alguna vez que Brian Kervin es un maldito machista que siempre desprecia a las mujeres cuando así le conviene?

—Tú, imagino —rió Brian, acariciando las tersas espaldas de su amante y dándole luego un afectuoso cachete en las prietas nalgas que el minúsculo *slip* dejaban al desnudo—. Está decidido: el famoso agente especial

M-31

del Departamento de Seguridad Nacional del FBI acudirá a la fiesta de Isla Iguana en compañía de la muy hermosa y magnífica Yutte Sondgaard[1].

—Te adoro, Brian, amor mío —susurró ella, melosa, mordiéndole el lóbulo de la oreja y descendiendo con sus carnosos labios a lo largo del cuello y hombro de él—. Dime qué hago por ti y lo haré...

—Muy sencillo: remojarnos ambos —rió Brian—. Estás haciéndome subir la temperatura en exceso.

Y la empujó con fuerza, arrojándola a la piscina, unido a ella por el abrazo femenino. Ambos cuerpos, el musculoso y bronceado del joven agente especial norteamericano y el de su bella compañera, se sumergieron en las azules aguas con un fuerte chapoteo, que ahogó

las airadas y cómicas protestas de ella por el remojón inesperado.

Yvonne Leduc, del *Deuxième Bureau français*, mantuvo sus brazos en alto, por encima de su rubia cabeza, frente al arma que la encañonaba desde la firme mano enguantada del encapuchado.

—Sigue así y no intentes moverte, preciosa —habló la ronca voz del hombre enmascarado, sin que la poderosa pistola automática, provista de tubo silenciador, se moviera un ápice en sus dedos—. No me gustaría tener que matarte. Pero no dudaré en hacerlo si me das el menor pretexto para ello, te lo aseguro.

El gesto de Yvonne resultó de lo más ingenuo. Nadie hubiera imaginado, viéndola ahora, que ella fuese una de las agentes más eficaces y decididas del Servicio Secreto galo.

—Por Dios, ¿qué es lo que pretende? —preguntó serena—. Si vino a robarme, hágalo y en paz. No puedo oponer resistencia, está claro. ¿Qué puede hacer una pobre mujer ante un hombre armado?

—Una espía puede hacer cualquier cosa.

—¿Espía? —Ella puso gesto de asombro—. Amigo, le han debido informar muy mal. Soy Yvonne Leduc, actriz de cine y televisión. Supongo que habrá visto mi última serie: «Amores célebres», en el primer canal. O mi película *Sensualidad*...

—Basta, encanto —cortó el otro agriamente—. Eso no va a convencerme. Tú puedes ser todo lo actriz que quieras, pero también trabajas para el Gobierno. Esas cosas se hacen desde hace décadas enteras. Como Mata Hari o Marlene Dietrich. Todos saben que fueron grandes artistas, pero también grandes espías.

—Estás trasnochado, amigo —suspiró ella, riendo—. Yo nunca he servido para el papel de mujer fatal ni para poner posturas lánguidas y sacar así unos planos a un extranjero. Nadie en su sano juicio haría una cosa semejante hoy en día.

—Eres muy lista —masculló duramente el intruso cuyos ojos brillaban con frialdad tras la tela negra de su caperuza—. Pero no vas a engañarme fácilmente. Vamos, sé que tienes en tu poder algo mucho más importante que unos trasnochados planos más propios de un viejo vodevil que de un trabajo serio actual. Sabes bien lo que busco, y voy a conseguirlo porque está en alguna parte de esta casa: se trata de un microfilm tan sumamente pequeño que cabría en un punto de máquina de escribir. Y vas a decirme dónde está... o

apretaré el gatillo sin contemplaciones, rubita.

Yvonne pareció hacer un breve cálculo de probabilidades sobre sus posibilidades reales de salir con vida de aquel trance. Al fin, se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo—. ¿Sólo quieres eso sin causarme daño alguno?

—Sólo eso, palabra. No soy un asesino. Pero lo seré si me obligas a ello. Hay demasiadas cosas en juego. Y no se te ocurra intentar un engaño o un truco. No te saldría bien y lo pagarías muy caro. Demasiado. Eres una chica atractiva y me gustas. No deseo hacerte daño.

—Eres muy buen chico —bromeó ella, con sarcasmo—. ¿Traes algo para comprobar que te entrego el verdadero microfilm que buscas?

—Por supuesto —asintió él—. ¿Por quién me tomas? Tú entrégame lo que busco y del resto me encargo yo.

—Muy bien —suspiró Yvonne—. Lo tienes ahí mismo, ante tus narices, amigo. Te basta con mirarme a mí.

—¿A tí? —dudó el otro, perplejo, apretando con fuerza el arma—. ¿Bromeas?

—No, cielos. No me gusta bromear con un arma delante —rió ella—. Hablo en serio. ¿No te has fijado en mi lunar? No puedo tocarlo porque si bajo las manos podrías disparar. Tú podrás quitármelo. Es el microfilm.

—¿Qué? —jadeó el encapuchado, indeciso—. ¿Tu lunar? No me gusta esto...

—Reconocerás mi ingenio. ¿Quién sospecha de un simple lunar femenino junto a unos labios tan atractivos? Todo el mundo lo mira. Pero nadie ve lo que es. Ahora ya lo sabes. Acabemos con esto de una vez, no tengo madera de heroína.

El otro, tras una vacilación, avanzó hacia la bella rubia erguida ante él en pijama de raso escarlata y calzada con chinelas azules. Manteniendo el arma por delante, alargó los dedos lentamente. Tocó la mejilla tersa de la joven, rozó el lunar, junto a la comisura de los labios carnosos... Y lo despegó con sumo cuidado.

Era cierto en principio. El lunar, un diminuto círculo negro, se desprendió de la piel nacarada, sin dejar huella en ésta.

—Diablo, de modo que decías la verdad —gruñó, manteniendo

el diminuto círculo negro en la yema de su dedo—. Eres endiabladamente ingeniosa. En vez de buscar un escondrijo... lo dejas a la vista de todo el mundo, para que nadie pueda sospechar.

—Es elemental —sonrió la bella agente—. De otro modo sería una estúpida, pero tampoco puedo felicitarme por mi astucia, desde el momento en que he tenido que revelarte mi secreto.

—Es que nosotros tampoco somos tontos —silabeó el encapuchado—. Y un arma hace milagros incluso ante la mente más astuta. Ahora, veamos si me dijiste verdad...

Depositó el lunar postizo sobre la mesa cercana, con sumo cuidado. Luego, sin dejar de encañonar a la bella, buscó algo en sus ropas. Extrajo una pequeña y potente lente de aumento que asestó sobre el objeto, aunque en todo momento pendiente de su adversaria con el rabillo del ojo. La lente reveló con nitidez los más mínimos detalles del lunar.

—No mentías —musitó—. Son de una precisión asombrosa. El microfilm de un gran secreto bélico de los soviets, llegado a tus manos no sé aún cómo, pero que también interesa grandemente a mi Gobierno. Lamento hacer la tarea más sencilla, quedándome con lo que tanto trabajo debió costarte obtener. Pero así son las cosas en nuestro oficio, tú lo sabes.

—Por supuesto —asintió ella con benigna sonrisa de conformidad—. Otras veces hice yo tu papel, amigo. Y no pedí excusas a nadie por ello. Los errores se pagan, y yo cometí uno muy grande al confiarme demasiado. Es justo que ocurra así.

—¿Sin rencor? —bromeó el encapuchado, tomando con infinito cuidado el lunar e introduciéndolo en un sobre de celofán que también extrajo de su bolsillo.

—Sin rencor —asintió ella vagamente, encogiéndose de hombros.

—Bien, veo que sabes perder —el hombre misterio se movió la cabeza con desaliento—. Lástima que ahora tenga que matarte. No es justo. Pero son las órdenes recibidas, encanto. Espero que eso también lo comprendas y sepas perdonarme.

—¿Matarme? —Los ojos de ella brillaron—. ¿Por qué motivo? Yo he colaborado. Mi vida no creo que os sirva de nada.

—Yo lo ignoro. Sólo soy un ejecutor de órdenes ajenas, y éstas fueron concretas: en cuanto tuviera el microfilm, tenía que matarte.

Es una pena hacer algo así con una chica como tú, pero...

Se detuvo, vacilante. Pareció vacilar asimismo sobre sus pies, como si su estabilidad corriera parejas con su indecisión de palabra. Ella le miraba fijamente.

—Pero... ¿qué? —quiso saber, calmosa.

—Yo... debo obedecer. O me matarían a mí, así funciona esto, tú lo conoces a fondo. Bueno, basta de charla, Yvonne. Seré piadoso contigo, claro. Un solo disparo bastará. Nada de dolor, nada de agonía. No sería honesto con una chica como tú.

—Espera —le detuvo ella, mientras la mano enguantada parecía temblar, insegura, sin que el propio poseedor de ella se diera cuenta—. Supongo que será inútil tratar de pactar contigo una solución distinta...

—Del todo inútil —suspiró el enmascarado tristemente—. Adiós, Yvonne. Lo siento.

Alzó su pistola ligeramente. De nuevo se tambaleó. Bajo la caperuza sonó un ronco, apagado murmullo. Luego, de repente, los dedos que empuñaban la culata del arma flojearon. Dejó caer la pistola, que sonó apagadamente en la moqueta. Los ojos se volvían opacos tras el paño negro.

—¿Qué... qué me ocurre...? —jadeó—. Maldición... estoy enfermo... No veo... bien. Me mareo... Yo...

Emitió unos jadeos. Se llevó la mano al cuello, angustiado. Yvonne se limitaba a contemplarle con fijeza.

—¡Me ahogo! —gimió el intruso, tambaleante, a punto de caer—. Dios... ¿qué es esto? Mi cabeza arde... Siento asfixia... el pecho... hierve... y siento frío en los miembros...

—Estás muriendo, amigo mío —suspiró calmosamente—. Lo siento por ti. No soy tan estúpida como pudiste pensar. Sabía que se trataba de tu vida o de la mía.

—Pero... pero ¿cómo? —sollozó casi el otro, cayendo de rodillas ante ella, incapaz de hacer nada, salvo retorcerse ante su supuesta víctima—. Ni siquiera... vas armada.

—No necesitaba armas. Tú mismo usaste la que podía acabar con tu vida: el lunar.

—¡El lunar! Imposible...

—No, no es imposible. Va impregnado de una sustancia mortal, activísima Apenas contacta con la piel, causa la muerte en instantes.

—Me engañas... —susurró el moribundo—. No pudo ser eso. Tú... llevabas el lunar sobre tu piel... ¡Y yo lo toqué con mis guantes, no con la mano desnuda!

—Eso no importaba —sonrió tristemente Yvonne—. Mi rostro va cubierto de otra sustancia que sirve de antídoto en todo momento, una fina capa de maquillaje especial para ese efecto. En cambio, tú solo tenías la protección de tus guantes. Y ese veneno atraviesa sin problemas cualquier tejido, sea piel o sea tela, impregnando la epidermis en segundos y penetrando por los poros de inmediato. Como comprenderás, también mis jefes pensaron en proteger ese microfilm lo mejor posible... Adiós, amigo. Lo siento por ti.

El otro tartajeó algo, se agitó convulso, y acabó desplomándose de bruces, yendo a caer a los pies de Yvonne.

Ella le miró con aire pensativo. Luego, fue al teléfono sin prisas.

## CAPÍTULO PRIMERO

### INVITACIÓN A LO DESCONOCIDO

El mismo día, tres personas muy distintas tomaban diversos vuelos hacia el Caribe, desde remotos confines del mundo, muy alejados asimismo entre sí.

Desde Moscú partía en un vuelo de Aeroflot el aparente hombre de negocios soviéticos Yuri Dusinov, con su muestrario de productos marítimos rusos enlatados, desde caviar hasta esturión ahumado, en viaje de trabajo al extranjero. En realidad, bajo esa identidad de representante comercial, se ocultaba la personalidad de un importante agente secreto de la KGB, siempre designado para servicios muy especiales por el Kremlin.

De Pekín, un avión de las líneas regulares chinas, volaba sobre el Pacífico, rumbo a las costas de América, para atravesar el continente e ir luego al Caribe. A bordo de ese aparato, el funcionario del Estado de la República Popular China, Mao Tai Kang, ocupaba un asiento junto a la ventanilla, con su inescrutable rostro aceitunado asomando tras la cristalera, en la contemplación apática del paisaje oceánico. Su aspecto era el de un vulgar funcionario de Pekín, como tantos otros, con sus ropas uniformes, de paño gris, a la moda de otro Mao mucho más célebre e importante que él en pasados tiempos de China. Pero en realidad. Mao Tai Kang no tenía nada de vulgar dentro de la aparente uniformidad del pueblo chino. Era el más destacado agente especial de los Servicios de Inteligencia de su inmenso país, persona de gran cultura y preparación, dominando varios idiomas y perfecto conocedor de las costumbres, usos e idiosincrasia de los pueblos de Occidente. Había estudiado en la Universidad de Berkeley y en la de Yale, y había perfeccionado sus estudios en numerosos centros

culturales europeos.

Al mismo tiempo, desde Londres, un vuelo de la BEA dirigía a Ralph Seymour, agente especial del

MI-5

británico, en dirección también al Caribe. Era un hombre de gran prestigio dentro de los servicios de Inteligencia de Su Majestad, y sólo se le seleccionaba para misiones de gran trascendencia internacional.

Esos tres hombres, partiendo desde tan distintos lugares del mundo con destino a un mismo punto de llegada, respondían a la invitación de un hombre excepcional, tal vez el más rico del mundo. Porque sabían que, tras aquella invitación sorprendente, tenía que ocultarse algo fuera de lo común, posiblemente decisivo para el equilibrio mundial. Todos ellos conocían bien el nombre de Zoltan Zimmerstein, magnate de la industria y el comercio, financiero en la cúspide universal, pero también intrigante político, hacedor de reyes y Estados, aniquilador de sistemas políticos y pieza clave en muchos de los confusos conflictos internacionales que sacudían al mundo, por simples intereses económicos. Todos ellos sabían que la vasta y oculta red de traficantes de armas o de estupefacientes y la organización de comandos, guerrillas e incluso revoluciones totales, eran hilos que estaban casi siempre en manos de hombres como Zoltan Zimmerstein, coloso de las finanzas.

Por eso nadie faltó a la cita. Fueron cinco las invitaciones enviadas en su día por el multimillonario más poderoso del mundo. Y cinco las personas que acudieron a su sorprendente llamada, esperando encontrarse con algo fuera de lo común.

No sabían ellos hasta qué punto iban a estar acertados en ese extremo. Cuando conocieran la verdad de aquella cita misteriosa en Isla Iguana, la tierra propiedad de Zimmerstein en medio del Caribe, incluso personas como ellos iban a sufrir el sobresalto mayor de su vida, porque la realidad de los hechos superaba a toda posible imaginación por parte de aquellos espías de talla excepcional.

Al grupo, naturalmente, se iban a unir, procedentes de otros lugares, dos agentes más de probada experiencia y calibre.

Esos dos agentes eran Yvonne Leduc, del *Deuxième Bureau* francés, y Bryan Kervin, agente del Servicio de Seguridad

*Nacional del Federal Bureau of Investigador, en Washington, D. C.*

*M-31*

Los cinco súper agentes se encontrarían en breve en Isla Iguana, invitados por su excepcional anfitrión. Zoltan Zimmerstein.

El motivo de aquella extraña cita, pronto iban a conocerlo para su sorpresa. Y el horror iba a hacer presa en ellos, pese a toda su experiencia y capacidad de lucha.

Isla Iguana parecía en fiestas.

El puerto pesquero de la pequeña isla, propiedad de un solo hombre, ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades. Luces de todos los colores, en guirnaldas, adornaban sus viejas casas blancas, sus callejuelas empinadas, de suelo empedrado, el paseo marítimo que daba frente al mar, y formaba una especie de balcón natural al que asomaban los nativos para dar la bienvenida a los barcos de visita. Más al sur, la zona pesquera del puerto, con su pintoresquismo latino, ofrecía sobre la arena o en los embarcaderos la presencia de numerosas embarcaciones de pesca, que al caer la noche se dirigían a alta mar para conseguir el fruto cotidiano de su esfuerzo, única entrada de ganancias para los sencillos habitantes de la isla.

Sonaban músicas en sus calles, particularmente *calipsos* y cálidas danzas tropicales. Hombres de tez morena, alternando con personas de raza negra y blancas ropas, bailaban por doquier al compás de esas músicas tradicionales y populares. Algún que otro fuego de artificio surcaba el cielo estrellado del Caribe con su estela de color chisporroteante, y las mujeres morenas, latinas o mulatas, exhibían con procacidad natural y espontánea la firmeza de sus muslos en los revoloteos de faldas del baile, o la magnitud y contundencia de sus pechos macizos, con las evoluciones de danzas sencillas y llenas de sensualidad.

—Esto es el Caribe —suspiró Brian, rodeando con su brazo los hombros de Yutte, cuando avistaron desde la embarcación que les conducía a la isla el aspecto festivo del pequeño puerto pesquero, única población en la misma—. Ingenuidad y sexo, calor y ritmo, fuego en las venas, voluptuosidad en el propio aire.

—¿Y todo pertenece a un solo hombre? —se sorprendió la

hermosa pelirroja.

—Todo, querida —sonrió Brian—. Es su refugio favorito, su santuario, aunque tiene propiedades en el Egeo, en África, en Oceanía.

—Imaginaba que un hombre así viviría en una isla inexpugnable, rodeado de gente armada y de fortificaciones, no en un lugar acogedor, abierto a todo el mundo.

—En el fondo, no imaginabas mal. Toda la aparente cordialidad hospitalaria de Isla Iguana es tan ficticia como la propia personalidad de Zimmerstein. Tras esa fachada de gente risueña y feliz, de fiestas populares y de alegría, el imperio del magnate es hermético y difícil al acceso. Los nativos no se relacionan para nada con su amo y señor. Él vive en el interior de la isla, en una fortaleza casi inaccesible. Una vez al año, visita el pueblo, llamado Puerto Plata, y los naturales le dan sus ofrendas de frutos, flores o pescado, en señal de gratitud y de sometimiento. A cambio de todo eso, él les facilita embarcaciones de pesca, viviendas y cuánto precisen. Esto es como un pequeño reino feudal en pleno siglo xx, querida.

—¿Y qué pintaremos nosotros en él?

—Eso pronto lo sabremos. Pero siendo cosa de Zimmerstein, no puede ser nada vulgar ni rutinario, te lo aseguro.

Llegaron al embarcadero. Los nativos se apresuraron a ayudarles en tomar tierra. Las mujeres miraron con interés al arrogante americano, y bailaron en torno suyo con gracia picaresca, mientras músicos callejeros entonaban danzas latinas. La piel de las hembras, mulatas o mestizas, olía a calor y a sexo. Más de un par de senos opulentos y duros rozó el brazo o el cuerpo de Brian Kervin, y más de un muslo bronceado se restregó con el suyo en invitadora provocación, mientras ardientes miradas celosas se fijaban despectivas en la pelirroja beldad que le acompañaba.

—Vamos de aquí —rió Brian tirando de la indignada Yutte—. Son capaces de violarnos a ambos, querida, sin que nos demos siquiera cuenta. Y tal vez nos gustaría.

—Eres un cínico, Brian. ¿Te parecen bien esas costumbres? —musitó ella, irritada.

—Claro —asintió él, risueño—. No son hipócritas ni falsos. Viven la vida con intensidad total, sincera y llanamente. Son sus días de fiesta, beben y bailan, y eso es contagioso.

—¿Crees que nos invitaron por ser esas fiestas?

—No, no. Debe tratarse de una simple coincidencia. O de un festejo organizado por Zimmerstein para que coincida con nuestra llegada. Ya veremos.

—¿Señor Brian Kervin? —preguntó una voz, interrumpiéndole.

La joven pareja se detuvo, ya lejos de los danzarines procaces del embarcadero. Las luces de las guirnalda callejeras alumbraron al hombre erguido ante ellos, de tez oscura, ojos ardientes y expresión hermética. Vestía enteramente de blanco.

—Sí —afirmó el joven americano—. Yo mismo.

—Soy Gorka, secretario personal de Zoltan Zimmerstein —tendió blandamente una mano larga y huesuda, que Brian estrechó, encontrándola de un frío casi glacial, pese al clima tropical de la isla. El hombre miró críticamente a Yutte—. ¿Y ella quién es?

—Mi amiga y compañera, Yutte Sondgaard —presentó Brian.

—Ella no está invitada —fue la seca réplica, tras una cortés inclinación de cabeza hacia la dama, tan fría como su viscosa mano.

—Quien me invita a mí, la invita a ella —replicó a su vez Kervin secamente.

—No sé si el señor Zimmerstein estará de acuerdo en eso.

—Entonces, aún es tiempo de volver a Puerto Rico a tomar el avión de regreso —dijo Brian con firmeza, tomando del brazo a Yutte e iniciando el regreso al embarcadero.

—Espere —habló Gorka de inmediato—. Creo que eso podrá arreglarse, aunque al señor Zimmerstein no le complazca del todo. Desea contar con usted, señor Kervin.

—Bien. En ese caso, estoy a su disposición.

—Vengan conmigo, por favor —dijo tras una última mirada algo hosca a Yutte, emprendiendo la marcha hacia una cercana plazoleta, en torno a cuya fuente central bailaban y cantaban mozos y mozas locales, ante una cantina abierta, en cuyo interior el jolgorio aún era mayor.

En la plazoleta estaba aparcado un coche todo terreno muy amplio, de anchas llantas y sólida carrocería, capaz para seis u ocho personas. Al entrar en él, Brian comprobó que era un vehículo blindado, tanto en su parte metálica como en las vidrieras. Dentro del mismo se hallaba un hombre sentado al volante y otro tras él. Ambos lucían pistola al cinto, uniforme de color pardo oscuro,

gorra de plato y un subfusil moderno a su lado.

—Vamos —indicó al chófer el llamado Gorka—. Y deprisa.

Se alejaron del bullicioso centro del pueblo pescador, adentrándose en la isla y dejando atrás su litoral. Brian preguntó como al azar:

—¿Son las fiestas patronales de la isla?

—No —negó Gorka—. Esas fiestas tienen lugar en San Mateo, patrón del lugar. Pero este año se ha cambiado el festejo. Fue decisión personal del señor Zimmerstein. Los nativos han recibido un obsequio especial, consistente en seis botellas de ron, tres días de fiesta completa y un salario extra de diez dólares diarios. Por eso están tan contentos y felices. Es su primer día de fiesta. Les quedan dos más por delante, en los que su flota pesquera permanecerá amarrada a puerto, y podrán dedicar todas las horas del día y de la noche a divertirse.

—Su patrón es muy generoso —hizo notar Brian, pensativo, cambiando una mirada con Yutte, sentada junto a él en la parte posterior del amplio vehículo.

—Sí, acostumbra a serlo con quienes le son fieles —declaró Gorka encogiéndose de hombros—. Pero esta vez tiene motivos muy especiales para serlo. Ya se enterará de ello en un momento, señor Kervin. Por cierto, es usted el último en llegar.

—¿El *último*? —Brian enarcó las cejas—. ¿A qué se refiere?

—Sus compañeros llegaron ya entre anoche y esta mañana. Mi jefe pensó que usted había rechazado su invitación.

—Confieso que no hubiera podido hacerlo. Me intrigó demasiado. ¿A qué compañeros aludió usted?

—A cuatro colegas suyos que imagino conocerá —sonrió Gorka, enigmático—. Sus nombres son Ralph Seymour, Yuri Dusinov, Yvonne Leduc y Mao Tai Kang.

—Claro que los conozco —silbó entre dientes

M-31

con gesto perplejo—. Los cuatro mejores agentes del mundo, diría yo.

—Con usted, los *cinco* mejores —puntualizó irónico Gorka—. Son palabras del señor Zimmerstein.

—Muy amable —Brian arrugó el ceño—. Supongo que existirá una poderosa razón para esta convocatoria de... de espías.

—Existe —afirmó Gorka—. Existe, señor Kervin. El patrón nunca hace nada al azar ni por puro capricho.

—Lo sé. Y eso es lo que me preocupa.

—¿Tiene algo personal contra alguno de los demás invitados?

—No, personal no. Somos colegas, usted lo dijo. Defendemos intereses opuestos, como jugadores de diversos equipos de fútbol, pongamos por caso. Sólo que nosotros trabajamos para Gobiernos y banderas, no para clubs deportivos. A veces tenemos que enfrentarnos a vida o muerte, engañándonos unos a otros sin piedad. En ocasiones, las circunstancias nos obligan a olvidar diferencias y unirnos en alguna tarea común.

—Espero que ello sea así en esta ocasión también —comentó misteriosamente el secretario del prohombre.

Kervin no dijo nada, limitándose a asentir, mientras apoyaba una mano en el brazo de su bella compañera. Ésta le miró de soslayo, interrogante, pero no recibió respuesta de Brian. El coche rodaba ya por una carretera interior, entre espesa vegetación que se alzaba a uno y otro lado del asfaltado sendero. Las luces y el eco de la música en las calles de Puerto Plata quedaban ya muy atrás, perdiéndose en la noche tropical, cálida y estrellada. Ante ellos, la densa fronda selvática de la isla, iba formando un oscuro amasijo inextricable, por el que se adentraba el coche sin problemas.

Aunque la isla parecía de reducidas dimensiones, su forma alargada la hacía parecer más amplia, ya que ellos estaban viajando en su sentido longitudinal, hacia el corazón mismo de su extensión selvática. La senda se hizo empinada a medida que subían a la planicie central de la isla, y el camino mucho más sinuoso y complicado, bordeando muchas veces profundos barrancos repletos de vegetación. A veces, ante los faros del coche, desfilaban rápida y silenciosamente asustados animales de la jungla, sorprendidos en su nocturno reposo o en su correría sigilosa.

—Allí es —dijo Gorka al fin, tras una media hora de rodar por el intrincado paraje isleño—. La mansión del señor Zimmerstein. La Fortaleza Negra, la llama él.

Brian examinó el lugar, recortándose sombrío contra el tapiz azul oscuro tachonado de estrellas. El nombre le sentaba bien, al menos a aquellas horas de la noche. Era una sólida masa negra en forma de castillo con murallas almenadas y todo, formando la

protección del mismo. Se alzaba en unos riscos elevados por encima de la jungla, y sin duda debía de resultar imposible entrar o salir de aquella fortificación contra el expreso deseo de su dueño.

—Me da la impresión de que voy a entrar en Camelot de un momento a otro —dijo Brian con cierto sentido del humor.

—Pero sin Rey Arturo —sonrió Gorka, también irónico.

—Es posible. Puede que sea más un Mago Merlín quien nos espera ahí dentro.

—Quizá. Y los caballeros de la Tabla Redonda, ¿serán acaso sus amigos y colegas?

—En absoluto. Ni ellos ni yo somos caballeros. De ser así, no seríamos espías. No hay nada tan antagónico como un caballero y un espía. El que es una cosa, no puede ser la otra, por razones obvias.

—Se califica muy duramente a sí mismo, señor Kervin.

—Es que me gusta ser sincero, aunque sólo sea por una vez como excepción —rió Brian cínicamente.

Momentos después, el coche salvaba una puerta en la muralla, protegido por varios hombres de uniforme pardo, fuertemente armados. Varias patrullas, igualmente provistas de moderno armamento, se cruzaron con ellos mientras rodaban por un suelo embaldosado, dentro del amurallado recinto, rumbo a su edificación central. Kervin rió de repente.

—Rectifico —comentó—. Esto se parece más a un nido de águilas de la Alemania nazi que al mítico Camelot.

Gorka nada comentó. El coche llegó al fin ante una puerta amplia, que se abrió automáticamente, y penetraron en un garaje bien iluminado, donde se alineaban al menos una docena de coches como aquél, junto con dos lujosos Mercedes, tres Cadillac y dos Rolls de máximo precio y comodidad.

—Hemos llegado —dijo Gorka—. Un ascensor nos subirá a las dependencias. Son exactamente las ocho y media de la noche. A las nueve y media se servirá puntualmente la cena. Tienen, por tanto, una hora para vestirse adecuadamente para esa cena, señor Kervin.

Encontrarán de todo en sus dependencias, aunque la presencia inesperada de otra dama, creará un pequeño retraso en proporcionarle lo adecuado.

—No se preocupe —dijo Yutte con sequedad—. En mi maleta

llevo ropa suficiente para esa recepción. Me arreglaré sin ayuda del señor Zimmerstein.

—Como quiera. Recuerden: a las nueve y media en punto. Al señor Zimmerstein le obsesiona la puntualidad. No le gusta perder su tiempo. Es demasiado valioso.

—Lo tendremos en cuenta —prometió Brian suavemente, con gesto frío.

## CAPÍTULO II

### LA ISLA DEL HOLOCAUSTO

—Puntual, señor Kervin. Le felicito. Me gusta la gente puntual.

—Y a mí. Su secretario me acusó de ser el más tardío en llegar a su isla. Sin embargo, no había hora fija en la invitación, según creo. Sólo una fecha. Y aquí estoy, dentro de la misma.

Zoltan Zimmerstein, el gran hombre, estrechó la mano del joven americano, impecable en su *smoking* color crema. Tras él, cuatro personas copa en mano, hicieron una leve inclinación de cabeza como saludo. Tres hombres y una mujer. Un inglés, un ruso, un chino y una francesa. Sus colegas.

—En efecto. Pero llegué a temer que no viniera usted.

Kervin miró fijamente a su anfitrión. Aquel hombre rubio, de facciones afiladas y pétreas, podía tener treinta años. O sesenta. Era imposible ver una arruga en su faz, como si ésta fuese tallada en mármol o modelada en cera. Los ojos eran duros, fríos y calculadores. Se preguntó si alguna vez sentía algo como ser humano simplemente.

—Le hubiera avisado en ese caso, señor Zimmerstein. Pero creo que usted sabía de antemano que *todos* acudiríamos a su cita.

—¿Por qué había de suponer eso? —sonrió el magnate.

—Porque conoce a la especie humana, incluyendo en eso a los espías —rió Kervin, irónico—. ¿Por qué nos citó, si no?

—Muy acertado —asintió Zimmerstein. Se volvió a sus demás invitados—. ¿Se conocen todos ustedes?

—Sí, todos —afirmó Seymour, riendo—. ¿Qué tal, colega?

—Lo mismo que vosotros, imagino. Preguntándome qué nos ha traído aquí a todos nosotros.

—Así es, campeón yanqui —sonrió Yvonne con coquetería muy

femenina, dando una pasos hacia él, con su copa de absenta y agua en la mano—. La última vez que nos vimos creo que fue cuando el caso del petróleo sintético y los unicornios. Un asunto fascinante y terrible, que nunca se hubiera resuelto sin tu ayuda.

—No puedo olvidarlo. Pero creo que más que nada por ti, Yvonne.

—Eso es muy halagador, la verdad, Brian —los ojos de la francesita se fijaron en Yutte—. Y como siempre, Brian Kervin llega escoltado por una belleza deslumbrante. ¿La conozco de algo?

—No —negó él—. Yutte Sondgaard, una amiga. Yutte, ésta es Yvonne Leduc, una colega ilustre. Y muy peligrosa.

—¿Cómo mujer o como espía? —sonrió Yutte.

—Como ambas cosas —afirmó Yvonne risueña, alzando su copa—. Por vosotros dos, querido Brian. Que tu amiguita sea bienvenida al círculo de los grandes espías del siglo xx.

—Ahora, mis queridos invitados, les presentaré a la única persona que faltaba a la cena —dijo solemnemente Zimmerstein, al sonar una puerta y entrar alguien más en el amplio, suntuoso comedor de La Fortaleza Negra—. Hela ahí...

Todos se volvieron hacia el lugar donde sonaban unos suaves pasos. En todos los rostros se reflejó la curiosidad y la admiración.

Había motivo para ello. La mujer que acababa de entrar era bellísima Radiante, una verdadera sensación.

Incluso los encantos físicos de Yvonne Leduc o de Yutte Sondgaard resultaban casi opacos al lado de los suyos. Era, posiblemente, la mujer más hermosa que Brian Kervin había visto en su vida. Y era hombre experto en la materia.

Alta, muy alta, esbelta pero dotada de curvas espléndidas, larga melena negra, rostro oval, suavemente pálido, enormes y brillantes ojos rasgados, del color del bronce, con salpicaduras doradas. Boca carnosa, sensual, bajo una nariz recta y fina, cuello de cisne, senos virginales, hombros de estatua clásica. Su largo traje de noche negro y sus joyas de platino y diamantes formaban un conjunto armonioso, elegante y rico en aquella escultura humana que parecía exhalar sensualidad por todos sus poros.

—Señores, es Jaron Yalman, mi compañera íntima —anunció Zimmerstein—. Cuando yo muera, ella heredará todos mis bienes en este mundo. No tengo más ser querido que ella, sépanlo todos.

Saludó uno por uno a los presentes, mostrando especial deferencia hacia Brian. A Yutte y a Yvonne las trató cortés pero fríamente. Ellas tampoco mostraron excesivo entusiasmo hacia la deslumbrante dama.

—Y ahora, a cenar —invitó el dueño de la casa, mientras sonaba un gong musical en alguna parte de la mansión.

Se acomodaron en torno a la mesa. Los nueve comensales —Gorka, el secretario, también formó parte de ellos, acomodándose a la izquierda de Zimmerstein, mientras su derecha era ocupada por la hermosísima Jaron—, comenzaron a ser servidos por los rápidos, silenciosos y eficientes camareros latinos, de impecable uniforme blanco, al servicio del magnate.

Fue una cena fastuosa, compuesta de mariscos, caviar iraní, patés franceses, salmón y langosta a modo de entremeses. Después de un pastel de pescados, se sirvió faisán con guarniciones de lo más caprichosas y selectas, así como un surtido de carnes para quien prefiriese sabores más fuertes, sin olvidar toda una serie de exquisiteces orientales para el invitado chino. Los vinos fueron de todo género, desde los caldos italianos y españoles hasta los licores chinos, el vodka ruso y el champaña francés.

Tras los postres y el café, pasaron a una sola próxima, donde se acomodaron para tomar los licores, fumar y charlar. Durante la cena, las conversaciones habían sido triviales, pero en el ambiente se palpaba la tensión que iba creando la impaciencia, la intriga general por los motivos que el magnate podía haber tenido para concretar tan extraña reunión en su isla caribeña.

Fue precisamente Yuri Dusinov, el fornido y sonriente agente de la KGB soviética quien interpelló de pronto al anfitrión, durante la charla de sobremesa, hasta entonces intrascendente:

—Y bien, señor Zimmerstein, ¿cuál es la razón de nuestra presencia aquí esta noche?

El coloso de las finanzas mundiales miró fijamente al que hablaba. Luego, pausado, fue mirando a cuantos le rodeaban. Por fin, dijo con lentitud:

—Es una pregunta que esperaba en cualquier momento, caballeros. Y, por supuesto, voy a responder a ella, aunque tal vez mi respuesta va a sorprenderles a todos.

Tomó lentamente un sorbo de licor y manifestó con calma, como

si fuera eligiendo cuidadosamente sus palabras:

—Les he hecho venir a todos ustedes porque son los cinco mejores agentes secretos del mundo, los súper espías capaces de alcanzar aquello que ningún otro sería capaz de conseguir. Lo que espero de ustedes es mucho. Tanto, que si no triunfan en su empeño, nadie lo hará. Y hay demasiado en juego para que fracasen.

—Me gustaría saber de qué se trata —objetó el británico Seymour fumando despacio un cigarrillo emboquillado—. Si lo que pretende es contratarnos a su servicio, señor Zimmerstein, le diré que todo su dinero y poder no bastan para contratarme a mí. E imagino que en igual caso se hallan mis ilustres camaradas aquí presentes.

—En efecto —aseguró apaciblemente Mao Tai—. Los espías no somos mercenarios. Servimos a nuestra patria y a nuestro Gobierno, señor Zimmerstein.

—Lo sé. No han comprendido bien —sonrió vagamente el magnate—. Yo nunca me atrevería a pedirles que trabajasen para mí, señores. Sin embargo, les anticipo que van a tener que hacerlo, les guste o no, en cuanto sepan la causa de su presencia aquí.

—Eso ya lo veremos —declaró secamente Yvonne Leduc.

—Sí, van a verlo muy pronto —asintió Zimmerstein—. Sepan que les he convocado aquí hoy para salvar al mundo de su destrucción. Dentro de setenta y dos horas, alguien va a provocar el mayor desastre imaginable en nuestro planeta. Y sólo ustedes cinco podrían evitarlo.

—¿Quién piensa provocar ese desastre? —quiso saber Kervin.

Zimmerstein volvió hacia él sus helados ojos claros. La respuesta fue breve, precisa, contundente:

—Yo, señor Kervin. Yo.

Reinó un largo silencio en la sala. Un reloj de pared, artístico y valioso, posiblemente una reliquia del siglo XVII, emitía su leve, melodioso tictac, mientras las agujas se iban aproximando a las doce.

—Temo no entender —suspiró Ralph Seymour, del  
MI-5

británico—. Si usted piensa provocar ese desastre, ¿por qué nos cita

para impedirlo? ¿Acaso es un juego?

—Casi lo parece. Un juego entre la vida y la muerte, señores —asintió Zimmerstein, sin rastro de humor en su gesto o en su tono—. Pero les aseguro que no tiene nada de divertido ni de deporte frívolo. De ello depende la supervivencia del mundo.

—Concretemos este asunto —terció Yuri Dusinov—. Y vayamos por partes. ¿Ha proyectado usted una catástrofe a escala mundial?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por poder.

—¿Poder? Temo no entender. ¿Poder sobre qué, si el mundo se destruye?

—El mundo nunca se destruye totalmente. Algo sobrevive. Yo tendría el poder sobre lo que quedase en pie. Ése fue mi objetivo. Ya no anhele riquezas. Las poseo todas. Sólo deseo ser más poderoso. Ser el hombre de mayor poder del planeta.

—¿Qué clase de desastre ha planeado?

—La Tercera Guerra Mundial —dijo Zimmerstein fríamente.

Los presentes se miraron entre sí, desconcertados. Kervin sonrió.

—Eso es más difícil que una simple revuelta o una guerra civil en un pequeño país, señor Zimmerstein —señaló.

—Lo sé. Pero nada es imposible para mí. Lo cierto es que lo conseguiré. Habrá guerra mundial, porque así está planeado. Justo dentro de setenta y dos horas a partir del momento en que ese reloj señale las doce.

Todas las miradas se volvieron instintivamente hacia el viejo y bello reloj. Faltaban solamente nueve minutos para la medianoche.

—Justo entonces, cuando los nativos de Isla Iguana lancen sus fuegos de artificio al aire, estallará la conflagración decisiva.

—Es monstruoso —dijo Yvonne—. Pero si usted ha proyectado eso, ¿por qué nos llama para decirlo y retornos a que lo impidamos? Me suena a juego, a desafío. Algo así como una cacería al estilo del malvado Zaroff en el cine...

—Les aseguro que no es eso, aunque lo parezca a simple vista —habló Zimmerstein gravemente—. Desde que planeé ese conflicto a escala mundial hasta ahora, han ocurrido muchas cosas y ya no deseo que ello ocurra.

—¿Por qué no? ¿Qué le hizo cambiar de opinión? —se interesó

Mao Tai.

—La muerte.

—¿La muerte?

—Sí. Mi muerte. Los médicos me han dado mi plazo definitivo: moriré en fecha muy cercana. No deseo morir en medio de un mundo en ruinas y dejar tras de mi final un holocausto casi total, completamente inútil ya para mí.

—Una decisión tan egoísta como absurda —señaló Kervin—. No tiene más que dar contraórdenes y frenar el proyecto. No nos necesita para nada.

—En eso se equivoca, Kervin. Sin ustedes, no existe esperanza de parar lo irremediable.

—¿Por qué no?

—Porque ya no está en mis manos detener nada. Yo di la orden en el momento oportuno. Alguien dispuso el infernal procedimiento para provocar la catástrofe. Pero yo no sé cómo se hicieron las cosas ni en qué forma se desencadenarán. Es decir, sé tanto como puedan saber ustedes, con la excepción de que a las doce en punto, dentro de tres fechas, vence el plazo concedido para desencadenar el caos nuclear en el mundo. A las doce de esa noche, dentro de tres días, cuando mis aldeanos de Isla Iguana celebren el fin de sus festejos con fuegos de artificio, algo habrá sucedido ya. Y ese algo significará el desastre a escala planetaria.

—¿Qué significa eso de que usted lo dispuso pero no puede frenarlo? —demandó con aire incómodo Ralph Seymour.

—Caballeros, yo entonces ignoraba que iba a morir en tan breve plazo. Anhelaba ese poder total que ya no significa nada para mi vida en el ocaso por una dolencia incurable. Un experto en intrigas internacionales, un auténtico genio en la provocación de guerras a grande o pequeña escala, se ocupó de los detalles del caso. Planeó y calculó milimétricamente el plan. Una vez terminado, me informó de ello. Yo le di la orden de poner en marcha los acontecimientos. Así lo hizo. El convenio era de no revelarme a mí, detalle alguno de su plan. Bastaba con que supiese que iba a cumplirse con exactitud demoníaca, paso por paso. Al saber eso, no necesitando ya a mi colaborador, hice algo que ya los faraones hicieron antes que yo con los constructores de sus pirámides: ordené la ejecución de mi servidor.

—Dios mío... —murmuró Yutte, palideciendo.

Los demás la miraron en silencio. Sólo los ojos de Yvonne reflejaron cierta comprensión. En cambio, la mirada ardorosa y altanera de Jaron Yalman no reflejó emoción alguna.

—Fue un terrible error. Sólo dos días más tarde, sabía de mi inexorable final —suspiró Zimmerstein implacablemente seco y preciso—. Pero ya tardó el arrepentimiento. El único hombre que sabía en el mundo cómo se iba a desencadenar el holocausto nuclear había muerto y no podía revelarme su secreto. Por tanto, sólo sé tres cosas al respecto que pueda revelarles a ustedes: el hecho se produciría desde esta isla. Se llevará a cabo en el plazo de estos tres días... y sus resultados no pueden ser otros que la guerra mundial inmediata. Eso no me fue garantizado formalmente, y quién lo dijo era un experto que no se equivocaba en esas cosas. Ésa es la situación, señores.

—Y ahora quiere rectificar, salvar al mundo. Y apela a nosotros —dijo Dusinov.

—Así es. Sólo los mejores del mundo podrían impedir que el plan destructor del mejor experto mundial en crear guerras y catástrofes fuese llevado a feliz término.

—¿Podemos saber, al menos, quién fue el creador de ese plan? —preguntó Mao Tai.

—Sí, desde luego. Milton Hargood.

—Milton Hargood, el apátrida... —El chino silbó entre dientes—. Nacido en Canadá, renegado, mercenario, experto en Física nuclear, en Cibernética, relacionado con el mercado negro de armamento, autor del agravamiento de la guerra irano-iraquí, vendedor de cohetes Exocet de contrabando a varios países tercermundistas, provocador de tres guerras civiles y seis golpes de Estado en sólo tres años... Todo un experto. Sabía que había desaparecido últimamente, pero no que usted le mató, señor Zimmerstein.

—Por Dios, mida sus palabras, Mao —se ofendió el magnate—. Le hice *ejecutar*, no le toqué personalmente un solo cabello. Yo nunca he matado a nadie. No necesito recurrir a la violencia, otros lo hacen por mí. No se perdió nada con su muerte, supongo.

—No, nada. Pero sin él, ¿cómo dar con la clave de su plan? ¿Le reveló algún pequeño detalle, por insignificante que fuese?

—No, ninguno. Era nuestro pacto previo. A mí, personalmente, no me interesaba saber cosa alguna. Me bastaba con sus resultados finales. Todo fue creación suya. Sólo me dijo que una computadora, un cerebro electrónico perfectamente programado, se ocupaba de todos los detalles, hasta el más mínimo, y que desde esta isla partiría hacia su destino el método elegido para provocar el caos mundial en su momento. Él estuvo en el interior de Isla Iguana varios meses preparando su proyecto, a solas con sus más directos colaboradores.

—¿Qué fue de esos colaboradores? —terció vivamente Seymour—. Ellos tienen que saber detalles, por pocos que sean...

—Murieron. EL propio Hargood los asesinó una vez terminado el trabajo —sonrió desdeñoso Zimmerstein—. Y eso no lo ordené yo. Fue cosa suya. Su modo de trabajar.

—Ya —el inglés hizo un gesto de repugnancia—. Bien, continúe, se lo ruego.

—Ese cerebro, como digo, está actuando ya, de modo imparable. Cuando marque su hora de clímax, la guerra nuclear será un hecho irreversible. Y no deseo que ocurra eso, señores. Confío en ustedes ahora. Son mi última esperanza. Y la del mundo. Espero que puedan ayudarme. O todo lo que nos rodea se derrumbará sin remedio.

Siguió un profundo silencio. Los agentes secretos se miraron entre sí, nada convencidos.

—Yo tendría que comunicar con mi país —señaló roncamente Dusinov—. No puedo tomar decisiones por mí mismo.

—Lo siento, señores. No se puede perder el tiempo en esas cosas. Para bien o para mal, están aquí y deben decidir por sí mismos.

—¿Y si nos negamos a ello? —apuntó Mao Tai, astuto y rápido.

—Serán libres de abandonar la isla mañana mismo.

Pero será su responsabilidad la que afronten en su momento. Ningún país por sí mismo podrá evitar que ocurra lo que ha de ocurrir. Una invasión de esta isla, por parte cubana o norteamericana, pongamos por caso, nada arreglaría, puesto que me consta que las instalaciones montadas por Hargood son imposibles de hallar ni tan siquiera de ser detectadas con los medios habituales. Creo que sólo un grupo de cerebros privilegiados y de expertos en la lucha contra procedimientos de sofisticada técnica actual, como son ustedes cinco, podrían luchar con ciertas

posibilidades de éxito contra esa amenaza. Todo el poder militar de un país poderoso de nada serviría en este caso, con tan corto espacio de tiempo por delante. Piénsenlo bien, señores.

—¿Y no podemos pedir consejo o autorización a nuestros países, si decidimos trabajar en ello? —preguntó Brian Kervin.

—No, en absoluto. Las comunicaciones entre esta isla y el resto del mundo permanecerán suspendidas durante tres días. Aunque traigan sofisticados y pequeños sistemas de comunicación, les aseguro que no funcionarán, porque a partir de las doce en punto, una red magnética imposible de atravesar con medios de comunicación sonora o visual nos aislará del resto del mundo en Isla Iguana. Es preciso hacerlo así.

—Eso es un abuso —protestó Dusinov—. Nos obliga moralmente a aceptar sus condiciones en un juego que tiene todas las cartas en contra nuestra, Zimmerstein.

—No les obligo a nada. Si usted rechaza colaborar, se podrá ir mañana mismo a Moscú sin que nadie le ponga trabas. Y lo mismo pueden hacer todos los demás.

—En cuyo caso, la guerra mundial será inevitable —señaló Seymour.

—Así es —los fríos ojos del magnate les recorrió en silencio, uno a uno—. Decidan, por favor.

El reloj comenzó a desgranar las horas con musical tintineo. Kervin respiró hondo. Yutte le apretó una mano con fuerza. Tenía fríos sus dedos largos y suaves. El joven americano se encontró de pronto con la mirada fulgurante de Jaron, fija en él. Creyó captar en ella una burlona expresión de desafío.

—Personalmente, acepto —dijo Brian de repente—. Si un tipo como Hargood planeó un desastre mundial, el desastre se producirá, no hay duda.

—Yo también acepto —suspiró el británico Seymour vivamente—. Creo que Su Majestad sabrá comprender en su día que tomara una decisión así... si es que cuando regrese a Inglaterra sigue con vida la Corona y mi Gobierno.

—Son dos votos —señaló Zimmerstein—. Creo que, como buenos demócratas, todos ustedes aceptarán una decisión de la mayoría, sin necesidad de ser unánime.

—¿Desde cuándo mi amigo Dusinov se puede calificar como

demócrata? —rió suavemente Yvonne Leduc.

El ruso la miró, algo molesto, pero logró sonreír en un alarde de deportivo sentido del humor.

—*Touché*, debería decir en su lengua, querida mía —bromeó—. Pero acepto esas condiciones de votación, pese a mi mala fama ante usted.

—Yo voto por quedarme y buscar ese maldito mecanismo de guerra, sea lo que sea —se apresuró a decir Yvonne.

—Yo también —sonrió afablemente el chino—. Ganamos cuatro a uno, Dusinov.

—¿Por qué se anticipa? —rió el soviético—. Aprobado por unanimidad, Zimmerstein. Nos quedamos los cinco, sin más condiciones. ¿Cuándo empieza el juego?

—Ya ha comenzado —suspiró el dueño de la isla—. El cerebro electrónico montado por Hargood está trabajando ahora. Paso a paso, irá haciendo cumplir las previsiones matemáticamente calculadas por su artífice. Si nadie lo frena a tiempo, llegará, a su final. Y con él, a la tercera conflagración mundial. Tal vez la última también...

Los presentes se miraron entre sí en silencio. De repente, la cena fastuosa y la reunión posterior habían cobrado un tinte dramático y tenso que pesaba sobre todos ellos como una losa invisible.

El plazo había comenzado con doce campanadas. Antes de abandonar aquella isla tropical, tenían que haber salvado al mundo de una amenaza siniestra. O tal vez perecerían con él, si fracasaban en su misión.

De repente, hubo una explosión en alguna parte de la casa. Se oyó estrépito de vidrios rotos, mezclado con el estallido, los muros temblaron, vibró al suelo... y se extinguieron las luces.

Los agentes llevaron mano a sus armas, que no habían abandonado en ningún momento, ni siquiera durante una cena de gala como aquella.

—¿Qué es eso? —Oyeron mascullar al dueño de la casa, con tono de sorpresa real.

Una voz profunda, llegada de alguna parte, pareció responder a Zimmerstein:

—Soy yo, Milton Hargood, hablando desde la misma Muerte, Zimmerstein...

Un grito de horror escapó de labios del millonario en la sombra.

## CAPÍTULO III

### DESDE MÁS ALLÁ DE LA TUMBA

Brian sintió junto a sí a Yutte, apretándole la mano con fuerza en la repentina oscuridad. Del grupo de colegas suyos surgió un apagado murmullo de expectación, y nada más.

—Dios mío, Brian, ¿qué significa esto? —murmuró Yutte, inquieta.

—No lo sé. Puede ser un golpe de teatro del propio Zimmerstein —respondió Kervin en un murmullo apagado—. O quizá el último alarde de genialidad de un genio del crimen político y la subversión internacional, como Milton Hargood.

En la oscuridad, la voz llegada de ultratumba siguió hablando con entonación fría y mecánica:

—Si está oyéndome ahora este mensaje, Zimmerstein, significa que usted me habrá hecho asesinar una vez realizada mi obra, como me temo. Es usted tan listo como despiadado, pero yo tampoco soy tonto y sé a lo que me arriesgo a cambio de la enorme suma de dinero que me paga. Intentaré salvarme de sus trucos, pero si no es así, usted tampoco se salvará a la postre de los míos.

»No tema, no es un mensaje de ultratumba ni soy un espíritu que viene a visitarle en busca de venganza, aunque tampoco creo que piense así. En cierto modo, sí estoy aquí en espíritu, puesto que esta voz grabada es obra mía, así como el artilugio electrónico que la activará, junto con el resto de mecanismos e ingenios instalados en esta isla para llevar a cabo el que, sin duda, va a ser mi último trabajo en este mundo.

»Cierto que, de no estar ahora muerto, esta grabación mía quedaría muda, puesto que yo mismo activaría la computadora en el punto adecuado para impedir que se pusiera en marcha la

segunda parte de mi plan, la que usted ignora. Pero si me está escuchando, Zimmerstein, es que yo estoy muerto y usted habrá sido mi asesino. También es posible que no esté solo escuchándome, y haya alguien más con usted ahí, con la loca pretensión de evitar lo inevitable.

Una pausa en la voz. Alguien, sin duda Gorka, había logrado conectar una batería de emergencia, y las luces brillaron opacamente, disolviendo las tinieblas. Brian observó que su anfitrión estaba lívido, por vez primera alterado y confuso ante algo que sin duda él no había llegado a prever. Los demás mantenían un discreto silencio, una expectante calma como si dudaran que aquello fuese realmente un golpe de efecto del difunto Hargood o un truco de Zimmerstein para impresionarles.

La voz grabada continuó hablando de inmediato:

—¿Sorprendido de que sepa que usted puede haber avisado a alguien capaz de desarticular mi mecanismo después de la fortuna que le costó y después de haberme tenido que asesinar para que conmigo se fuese al otro mundo el secreto de su instalación? No es ningún juego de magia, Zimmerstein. Además de físico y químico, soy bastantes cosas más. Entre ellas, médico y cirujano. Me ha bastado advertir en esos días ciertos síntomas en su persona, para saber que está fatalmente condenado a morir. Y siendo ello así, difícilmente seguirá pensando igual que antes. Sus sueños de poder mundial ya no tienen sentido sabiéndose un cadáver a corto plazo, e intentará por todos los medios desmontar mi obra. No podrá hacerlo. Ni usted ni sus colaboradores, se lo aseguro. He tomado mis medidas para prevenir cualquier intento. Después de todo, también soy un excelente jugador de ajedrez, y es norma mía prever siempre la siguiente maniobra de mis adversarios.

»Zimmerstein, va a tener usted cumplida venganza mía. Su plazo de vida puede ser corto, pero lo será más aún gracias a su torpeza al hacerme asesinar. Porque a partir de este momento, doce de la noche, en que comienza el plazo final de tres días, no sólo el mundo, sino usted mismo y esta isla, están sentenciados a la destrucción total, definitiva.

»No intente escapar. Ni tampoco sus amigos. No podrán hacerlo. En el momento en que la explosión que habrán oído antes de esta grabación haya destruido su centro energético de La Fortaleza

Negra, también se habrá iniciado un proceso irreversible que yo he programado minuciosamente con mis sofisticadas computadoras. A partir de ahora, *nadie puede abandonar la isla*. Toda clase de motores y mecanismos eléctricos han sido bloqueados y anulados. Bajo las aguas del litoral isleño, una carga de alta tensión hará morir en el acto a cualquiera que se adentre en ellas. Ni a nado se puede huir de Isla Iguana, por tanto. Helicópteros, motoras y todo lo demás son inútiles porque no funcionan. Emisoras de radio y teléfonos no pueden comunicar con el exterior de la isla. Están solos, aislados, esperando forzosamente lo que suceda al final de esos tres días de plazo. Y entonces, sucederá lo previsto: estallará la guerra mundial y el orbe se destruirá entre sí.

»Primero, un misil de cabeza nuclear partirá de territorio iraní, destruyendo un portaaviones norteamericano surto en el Golfo Pérsico. Casi inmediatamente, un misil israelí se abatirá sobre el palacio presidencial de Damasco. Siria, Irán, Israel y los Estados Unidos se verán involucrados en una guerra total, a la que se verán arrastrados los demás países árabes en diversos frentes. Cuando esto suceda, en las horas de gravísima crisis inmediata, un misil nuclear alcanzará la Casa Blanca de Washington, y resultará ser de fabricación soviética. A la vez, un misil norteamericano hará blanco en el Kremlin. Eso será el chispazo final. La mutua acusación dará paso al enfrentamiento mutuo, en un mundo ya en guerra.

»Es lo que he programado, y nadie puede evitarlo, porque en esta isla está la computadora que programó toda esa actividad y la llevará a la práctica irremisiblemente en el momento previsto. Pero aún hay más: cuando se produzca el lanzamiento del último misil, esta isla será también aniquilada.

Se hizo otro silencio. Sonó una risita aguda de Hargood. Zimmerstein, demudado, fumaba en total mutismo. Ahora, el gesto de los espías era de comprensión. Sabían que aquello no era un juego efectivista de su anfitrión, sino del desaparecido Hargood.

—Sí, Zimmerstein: destruida —continuó la voz—. Es el fin de su isla y de usted mismo y su imperio de riqueza y de poder. No puede evitarlo. Nadie puede hacerlo. Porque aunque lance sobre la pista de mi trabajo a los más expertos cerebros, les advierto que esta isla está llena de muerte, de trampas asesinas que ni siquiera sospecharán. Quien intente evitar lo que va a suceder, morirá sin

remedio y nada podrá impedir. El fin va a llegar, suceda lo que suceda, ya están advertidos. En el momento final de mi programa de destrucción, una carga nuclear oculta hará volar por los aires esta isla, desintegrada.

Es mi dulce venganza desde el más allá, Zimmerstein. Después de todo, si ello ocurre así, será simplemente porque usted me habrá hecho asesinar. En ese crimen, llevará su propia penitencia de destrucción y la de los amigos a quienes quiera encargar el fracaso de mi trabajo. Adiós a todos. Nos veremos en la Eternidad, imagino.

Y con una última carcajada, que resonó siniestramente en la sala, la voz enmudeció por fin.

—Lamento que el hielo esté casi derretido y no pueda refrescar demasiado sus bebidas. Los frigoríficos no funcionan con esta luz de emergencia.

Nadie objetó cosa alguna al inconveniente. Quien más, quien menos, pensaba en cosas mucho más graves que un simple *whisky* demasiado caliente o un cuba-libre sin hielo, pese al calor tropical de la isla.

—Dígame, Zimmerstein, ¿cómo hizo matar a Hargood? —se interesó con aire distraído Ralph Seymour.

—Hice volar su yate cuando se alejaba de la isla —suspiró el magnate sombríamente—. Fue un hermoso espectáculo. No sobrevivió nadie a bordo. El trozo más grande del yate no era mayor que una botella cuando flotaban en el mar. Pero ahora comprendo que ése fue también mi propio holocausto, y el de esta isla.

—Y el nuestro, no lo olvide —dijo fríamente Dusinov, saboreando su vodka sin hielo con gesto de desagrado—. Al aceptar su invitación, veníamos a morir, según el maldito Hargood.

—Aún estamos vivos, sin embargo —recordó con calma Yvonne Leduc—. Muchos de nosotros han pasado a veces trances parecidos. Y hemos salido de ellos, ¿no?

—Yvonne tiene razón —apoyó Brian—. Aún tenemos vida. ¿Por qué ha de vencer necesariamente Hargood en esta batalla?

—Porque Hargood era un genio de la electrónica, un físico de primera fila y un químico excelente —recordó sombrío Seymour—. Todo eso, en un hombre frío, cerebral, astuto y falto de escrúpulos

como pocos. Incluso muerto, Hargood es un enemigo demasiado serio para tomarlo en broma, Kervin.

—Yo no le tomo en broma. Sólo digo que *aún* no ha terminado con nosotros.

—Pero lo hará —se quejó amargamente Zimmerstein—. Si buscan la forma de neutralizar su proyecto, morirán sin remedio.

—También moriremos si nos quedamos aquí cruzados de brazos, esperando que las cosas ocurran —objetó apaciblemente Mao Tai Kang, manteniendo el dominio de sus orientales emociones—. Por tanto, vale más correr el riesgo intentando algo.

—Estoy de acuerdo con Tai —apoyó Yvonne con firmeza.

—Yo también —suspiró Brian Kervin—. Empezaremos al amanecer, pese a todo. Creo que dadas las dimensiones de esta isla, lo mejor será dividirnos en grupos.

—Sólo somos cinco —comentó Dusinov—. ¿Qué grupos hacemos: dos solamente?

—Esperen. Pueden formar tres, si aceptan una pequeña ayuda personal —ofreció Zimmerstein.

—¿Piensa usted unirse a nosotros en la búsqueda de los sistemas electrónicos montados por Hargood en la isla? —dudó Seymour.

—No, no. Yo de poco les serviría. Tengo alguien que puede serles muy útil. Un hombre frío y carente de emociones, experto en medios de matar. Un sofisticado asesino a sueldo contratado por mí y enteramente leal: Killer Kramer.

—Killer Kramer... —asintió Seymour, ceñudo—. Le conozco. Un pistolero muy especial. Ejecutor de sangre fría, experto en mil medios de muerte. Un profesional perfecto. Y muy caro.

—Está en esta isla, a mi servicio. En esta misma fortaleza. Si lo aceptan de aliado provisional, irá con ustedes.

—Vale más tener a ese Killer por aliado que como enemigo —rió el agente británico encogiéndose de hombros—. Por mí, de acuerdo.

—Sí, puede ayudarnos. Su experiencia criminal nos será útil —aceptó Brian—. Después de todo, no vamos a andarnos con moralismos a estas alturas. Los grupos podrían ser así: ese Killer vendría conmigo y con mi compañera Yutte, que sin duda estará más segura a mi lado que permaneciendo a la espera en esta residencia. Otro grupo podría estar constituido por Yvonne y Mao Tai Kang, y un tercero por Dusinov y Seymour, si ninguno objeta

algo a este orden, que puede ser otro radicalmente distinto, por supuesto.

—Nada que objetar —aceptó Mao con suave sonrisa—. Será grato compartir mi tiempo con una dama tan bella como la señorita Leduc.

—Gracias, Mao —sonrió a su vez ella—. De acuerdo, Brian.

—A mí tanto me da un compañero como otro —apuntó Dusinov con sarcasmo—. Todos militan en campos opuestos a la Unión Soviética, después de todo...

Hubo una sonrisa general, que relajó la tensión reinante en la terraza donde se hallaban ahora reunidos todos, con Zimmerstein y la silenciosa y altanera belleza de Jaron Yalman, la amante del financiero.

Allá, en la distancia, el pueblecito costero de Puerto Plata ardía en sus festejos ingenuos y sencillos, se veían sus lucecitas festoneando las aguas oscuras de la bahía. Aguas que ahora eran un hervidero de trampas mortales dispuestas por la mente astuta y llena de imaginación del difunto Hargood. Poco imaginaban los isleños que aquéllas serían sus últimas alegrías en el mundo, si la amenaza del genio de las guerras y los conflictos era cierta, como todos temían.

—Entonces, no se hable más —dijo Seymour—. Partiremos al amanecer. ¿Qué rutas elegiremos?

—Yo les proveeré de un detallado mapa de la isla —dijo Zimmerstein en ese punto—. Es alargada, con la forma aproximada de una iguana, de ahí su nombre. La surca un solo río, el Culebras, y tiene en su centro un pequeño lago, llamado Lago Caimán. Las selvas interiores son montañosas y abruptas, y en una de esas montañas, de meseta plana y boscosa, hallarán unas viejas ruinas precolombinas de origen desconocido, no lejos de un apagado cráter de volcán, ahora repleto de vegetación frondosa. Los nativos le llaman la Boca del Diablo. Al norte se extiende una zona pantanosa, sumamente peligrosa de cruzar, donde existe un solo paso accesible que figura trazado en el mapa. Se llevarán una copia de ese mapa cada grupo, para no cometer errores. Finalmente, la isla termina con Punta Norte, una bahía rocosa con un promontorio donde hubo en tiempos un faro, y a la que los nativos, supersticiosos siempre, apodan Herradura de la Muerte, aún no sé por qué, a menos que se

refieran a la existencia de un hipotético nido de tiburones que yo, personalmente, confieso no haber visto jamás.

—Como los motores no funcionan a causa del bloqueo energético provocado por uno de los ingenios de Horgood, caminaremos a pie. ¿Cuáles son las dimensiones exactas de la isla, Zimmerstein? —preguntó Brian al dueño de la misma.

—De algo más de veintiuna millas cuadradas, distribuidas en un ancho de tres y un largo de más de siete —explicó el magnate sombríamente—. Muy pequeña en cierta medida, pero demasiado grande para una búsqueda así en sólo dos días y medio.

—¿Cree que Hargood enterró aquí los misiles que han de ser disparados contra el Golfo Pérsico, Damasco, Moscú y Washington? —indagó Dusinov.

—No lo creo. Necesitaría unas rampas de lanzamiento difíciles de ocultar en una isla como ésta, aun siendo subterráneas. Y una energía enorme para dirigir a tanta distancia los proyectiles.

—Creo que Zimmerstein tiene razón —apoyó Brian Kervin—. Yo me inclino por la teoría de que, en puntos estratégicos del mundo, cercanos a los blancos elegidos, misiles nucleares conseguidos por Hargood a través de su red mundial de agentes, esperan en sus lugares de partida el momento en que una computadora instalada aquí, en Isla Iguana, transmita la orden de disparo tal como está programada. Todo sucederá tan deprisa, que nadie podrá prever nada hasta que sea demasiado tarde.

—Y nosotros que lo sabemos, no podemos comunicar con nuestros Gobiernos —se quejó amargamente Dusinov.

—Eso forma parte del juego, amigo mío —suspiró Seymour de mala gana—. Debemos aceptar las limitaciones como un reto a nuestro ingenio y capacidad.

—Eso es bien cierto, amigos míos —admitió gravemente Mao Tai—. Sólo disponemos de nuestros propios cerebros para vencer en esta batalla a Hargood. Y recuerden que fue un gran jugador de ajedrez, como él mismo mencionaba en su mensaje póstumo. Es un dato a tener en cuenta. Habrá calculado el más mínimo de nuestros movimientos para darle réplica inmediata, estoy seguro.

—Sí, yo también —afirmó Yvonne con gesto preocupado—. Un hombre capaz de anticiparse a su propia muerte, de descubrir la enfermedad mortal de Zimmerstein y de prever lo que sucederá en

su momento, no sólo me inspira mucho respeto, sino una dosis considerable de miedo.

—Miedo... —repitió Kervin con voz sorda—. Eso es lo que tenemos que evitar: sentir miedo. Hargood juega con toda la ventaja, de acuerdo. Pero nadie es infalible. Él también habrá cometido errores, pese a su capacidad de inteligencia e imaginación. Hemos de prever esos errores. Y, como él, imaginar qué ha planeado en cada momento, para anticiparnos y reaccionar antes de que sea tarde.

—Sospecho que toda la isla debe ser una pura trampa mortal —señaló Zimmerstein, desolado.

—Y nosotros también —admitió ahora Seymour—: Pero no existe otro remedio que afrontar ese hecho con todas sus consecuencias, nos guste o no.

—Yo me pregunto si será prudente que lleves contigo a tu amiguita en este viaje tan peligroso, Brian —terció en ese punto el agente soviético—. ¿No estaría mucho más segura en esta casa, en compañía de Zimmerstein y de la señorita Yalman?

—No, no —rechazó vivamente Yutte—. Yo iré con Brian adonde sea. No quiero quedarme lejos de él. No siento temor, mientras él esté próximo a mí.

—Esa fe en alguien resulta conmovedora —sonrió Seymour con ironía.

—Yo creo que la señorita Sondgaard tiene razón —apoyó inesperadamente Jaron Yalman, con voz profunda y sedosa—. Las trampas del endiablado Hargood pueden estar incluso *dentro* de esta casa. No sabemos nada de su siniestro juego de venganza... Y a mí me parece que el señor Kervin ofrece suficiente sensación de fuerza y de seguridad como para sentirse cómoda a su lado.

—Muy amable, señorita Yalman —sonrió Brian, mirando con cierta sorpresa a la hermosísima y sofisticada dama—. Ojalá sepa estar a la altura de esa apariencia...

Los ojos de ella, profundos y chispeantes como dos lagos de bronce fundido salpicados de vetas de oro, se mantenían fijos en él. Brian creyó leer en ellos un indefinible y oscuro mensaje envuelto en la sensualidad excitante de la hembra.

Yutte, con gesto algo receloso, miró a la dama con algo muy parecido a los celos, y apretó el brazo de Brian significativamente.

Él la sonrió, afectuoso.

—Creo que, una vez hablado todo esto, haríamos bien en retirarnos a descansar por el momento —señaló Mao Tai—. Mañana puede ser un día muy agitado para todos... El inicio de otros dos muy semejantes, en el mejor de los casos.

—Sí, será lo mejor —asintió el dueño de la casa—... Por la mañana tendrán las copias de sus mapas, así como la incorporación de Killer Kramer a usted y a su amiga, señor Kervin.

Ese momento marcó el inicio de una retirada a las habitaciones ya dispuestas. Todos admitían la necesidad de un descanso, pero pocos confiaban en conciliar un sueño profundo, después de saber que estaban como prisioneros en una gran prisión flotante, como era la Isla Iguana en estos momentos. Una prisión de la que sólo se podía salir hacia la muerte, a menos que lograran dar jaque a la mente criminal de Milton Hargood, el genio de las guerras provocadas en el mundo.

Un genio que, aun desde la Eternidad, les planteaba una partida desesperada a vida o muerte, con todos los triunfos de su lado.

## CAPÍTULO IV

### LAS FLORES DEL MAL

Killer Kramer era un personaje singular. Singular e inquietante, evidentemente.

Muy alto y delgado, de rostro esquelético, cuerpo huesudo, manos largas, flacas y grandes, ojos fríos, de extraño color plumizo, ausentes de ellos toda sombra de humanidad. Vestía enteramente de color gris, con sombrero de paja, y llevaba las manos enguantadas, hecho insólito en un clima tropical como aquél. Bajo su liviana chaqueta color perla, se veían dos pistolas automáticas, una en cada axila, y en un ancho cinturón, varias granadas de mano de pequeño tamaño y una funda con un ancho cuchillo. Aquel hombre era un triste y sombrío arsenal viviente, que causó una reacción de viva inquietud en Yutte, y una sonrisa calculadora en Brian.

—Me alegra conocerle, Kervin —dijo al ser presentado—. He oído hablar mucho de usted. Espero que hagamos algo bueno los dos juntos.

—¿Ya sabe la clase de cepo en que estamos metidos?

—Sí, Kervin. El patrón me lo ha contado todo —Killer se encogió de hombros con un asomo de sonrisa en sus labios delgados—. Estoy habituado a luchar duro en la vida, no me arredra nada de esto.

—Bravo. Kramer. Creo que va a ser un buen aliado. Ahora, estudiemos el mapa.

Zimmerstein les había suministrado copias de un mapa de la isla, bastante detallado y en color, marcando las zonas selváticas, las rocosas y las pantanosas, así como el curso azul del Río Culebras y la mancha central del Lago Caimán, junto al apagado volcán de la Boca del Diablo. No lejos de allí, vislumbró las ruinas

precolombinas sobre una meseta. Al final de la isla, se veía una bahía en forma de herradura, con un promontorio adentrándose en el mar. Un dibujo de un tiburón era visible en sus aguas, y sobre el promontorio, una calavera y un nombre: Herradura de la Muerte.

—Me recuerda la Isla del Tesoro —comentó con ironía Ralph Seymour, siempre con su británico sentido del humor—. Sólo faltan John Silver y el viejo chiflado perdido en la isla...

—Y el tesoro —rió sarcástico Dusinov.

—¿Quiere más tesoro que el secreto ingenio electrónico de Hargood con todo el proyecto del fin del mundo grabado en su memoria, para que se lleve a cabo con milimétrica precisión? —señaló Yvonne Leduc acercándose a ellos, encantadoramente femenina con sus *shorts* y su camisa de safari, muy adecuados para iniciar una larga excursión—. El que lo encuentre y pueda neutralizar ese programa de destrucción, habrá dado con el máspreciado tesoro del mundo: la vida.

—Estás muy filosófica hoy, querida —rió Seymour con buen humor—. Pero creo que tienes toda la razón. Ése es el tesoro que debemos desenterrar de esta maldita isla. Yo, personalmente, preferiría enfrentarme a los piratas que al ingenio depravado y feroz de un Milton Hargood, al que el diablo tenga en su sitio adecuado en estos momentos.

—Nosotros vamos a seguir el curso del río hasta el Lago Caimán —señaló Brian en el mapa, mientras Killer afirmaba, siguiendo el curso de su dedo—. ¿Quién va a tomar la senda de la selva, hacia las ruinas precolombinas, y quién el camino del volcán?

—Yo tomaré el de las ruinas, por esa jungla —terció Dusinov—. ¿De acuerdo, Seymour?

—Claro, lo que usted diga, Yuri amigo —aceptó el inglés jovialmente.

—Entonces, nosotros dos tomaremos la ruta de las montañas, hacia el volcán apagado —dijo Yvonne, cambiando una mirada con Mao Tai—. ¿Dónde nos reuniremos los tres grupos, si aún vivimos para entonces?

—En los pantanos —dijo Brian—. Aquí, por ejemplo, donde aparece este punto rojo, marcado con un aspa. ¿Qué sitio es, exactamente, Zimmerstein?

—El Ojo Sangriento —recitó el magnate, mirando el mapa.

—¿El Ojo Sangriento? —repitió Yvonne—. Eso suena a verdadera fantasía...

—No es nada raro. Sólo una piedra roja, un monolito muy antiguo que se alza en esa región, no sabemos por qué. La piedra es un dolmen de superficie pulimentada, que refleja los rayos solares en la puesta del sol, y brilla con una intensa claridad roja, visible en la distancia como si un espejo escarlata reflejase la luz solar. Tal vez de ahí el nombre que los nativos le dieron a la piedra... Inmediatamente tras ella, comienzan los peligrosos pantanos que forman la parte norte de la isla.

—Muy bien. Entonces, al pie del Ojo Sangriento —dijo Brian—. Allí nos encontraremos todos, si sobrevivimos a la prueba. Llevaremos detectores electrónicos, pero imagino que Hargood ya contó con eso y habrá neutralizado su eficacia mediante diversos trucos.

—Sí, es de suponer —afirmó Killer—. Sólo vi un par de veces a ese tipo, y me pareció frío como un reptil y maligno como una araña. No se fiaba de nadie y era difícil saber lo que pensaba. Nunca se me olvidará su cara pálida, su pelo albino, sus ojos casi sin color, su expresión perversa y burlona... Parecía estar de vuelta de todo y mirar a los demás como si fueran insectos bajo una lupa. Un tipo desagradable el tal Hargood.

—Se hizo multimillonario fabricando guerras civiles, revoluciones e incluso guerras locales entre países vecinos —suspiro Dusinov con gesto preocupado—. Imagino que se sentiría a sus anchas preparando la mayor de todas las guerras... La última que conocerá la Humanidad, si nosotros no lo remediamos.

—Pues a intentar remediarlo, amigos —habló con énfasis Kervin, doblando el mapa y tomando su único equipaje en aquella aventura, una simple mochila que adaptar a su ligera indumentaria deportiva, no desprovista de recursos técnicos facilitados por el Departamento de Material y Armamento del FBI—. En marcha, ¿les parece?

Era el momento de partir. El sol brillaba ya por el Este, tiñendo de un suave anaranjado el azul del mar, mientras Puerto Plata dormía en la mañana, tras el festival agotador de la noche, y una falsa calma parecía extenderse sobre la isla, sin presagios de muerte ni angustia.

Zimmerstein y la hermosa Jaron, deslumbrante en su bata liviana, de color rojo brillante, que realzaba la turgencia escultural de sus soberbios senos y sus largos muslos rematados en nalgas espectaculares, les despidieron en la florida terraza de La Fortaleza Negra. Los siete expedicionarios se alejaron, cruzaron las murallas, y salieron al exterior, dividiéndose en grupos de dos y uno de tres, para partir en distintas direcciones, rumbo al norte de la isla.

Como tres puntas de tenedor, iniciaron sus trayectorias a través de la jungla isleña. Un grupo lateral, adentrándose en las montañas hacia las ruinas precolombinas en la meseta. Otro también lateral, hacia el volcán apagado y las cimas rocosas cubiertas de eterna vegetación frondosa. Y el tercero, en su centro, a lo largo del cauce del río, bordeándolo hacia el Lago Caimán, centro casi geométrico de Isla Iguana.

La gran aventura entre la vida y la muerte había comenzado. Cinco súper espías en busca de la salvación del mundo, en lucha desesperada contra el ingenio criminal de un creador de guerras, de un monstruo de maldad ya desaparecido. Pero que era tan peligroso y despiadado en muerte como lo fuera en vida.

La primera trampa no tardó en aparecer. Y fue todo un presagio de la pesadilla que aguardaba a los espías, en su arriesgada aventura dentro de la isla convertida en cepo de muerte para todos ellos.

Fue cuando sólo llevaban Brian Kervin, Yutte y Killer Kramer dos horas de marcha, rastreando Brian el terreno cuidadosamente con un sensible detector de metales y de radiaciones electromagnéticas de todo tipo.

Bordeaban el curso del Río Culebras, en su ruta hacia el lago interior, serpenteante a través de la espesa selva tropical, rodeados por el cántico melodioso de miles de exóticos pájaros multicolores y por el roce misterioso entre la espesura de incontables criaturas de la jungla, unas inofensivas por completo y otras posiblemente amenazadoras y al acecho.

De repente, sucedió lo inesperado.

La primera jugarreta mortal de Milton Hargood se hizo presente.

Y fue totalmente imprevisible, pese a la tensa cautela con que Brian daba cada paso a través de aquella jungla, seguido por Yutte Sondgaard, y con el extraño y silencioso Killer Kramer a su lado, tan

expectante y cauto como él mismo.

Acababan de saltar unas raíces afincadas en la blanda tierra húmeda de la orilla ribereña cuando sucedió. Un grito agudo, a sus espaldas, hizo girar la cabeza bruscamente a Brian, con la sensación de que, al fin, el peligro se había hecho real, tangible.

—¡Yutte! —gritó roncamente el agente

M-31

, al comprender que la joven era la víctima inicial de la trampa de muerte.

Y así era. Yutte era prisionera de un horror viviente, surgido por sorpresa en plena selva, emergiendo de súbito de una apariencia totalmente inofensiva.

Unas enormes lianas habían dejado paso a una serie de, gigantescas flores de lívido color liliáceo, dotadas de movimiento propio.

Aquellas flores habían abierto de súbito sus grandes pétalos, al paso de la joven, ¡y estaban succionándola entre ellos, absorbiéndola rápida e implacablemente a su interior!

Los gritos exasperados de Yutte y su forcejeo con las enormes flores vivas resultaban del todo estériles. Aquellos pétalos eran grandes, rugosos y cubiertos de púas, como fauces abiertas y voraces.

—¡Plantas carnívoras! —gritó Brian—. ¡Plantas de enorme tamaño, capaces de devorar seres humanos y no insectos!

—Cielos, nunca vi nada así en esta isla... —jadeó Killer, más pálido que de costumbre—. No las hubo jamás, estoy seguro...

Brian corrió hacia las monstruosas plantas, mientras Yutte no cesaba de gritar, medio engullida ya por las enormes hojas dentadas que, a guisa de mandíbulas, iban a cerrarse tras devorarla en el interior de la vigorosa flor. Las otras se abrían ya, ominosas, moviendo sus tallos hacia Brian y Killer, como si en vez de plantas fuesen animales inteligentes, en busca de más bocado humano.

—Cuidado con ellas —silabeó Brian—. Son peligrosas... Si nos cazan, no podremos librarnos en modo alguno...

—Lo sé —dijo fríamente el profesional del crimen, estudiando a las plantas voraces—. Tendré cuidado, Kervin...

Brian tenía que actuar ya a la desesperada, con riesgo de su propia vida, porque Yutte tenía ya medio cuerpo dentro de la flor, y

su forcejeo con ella se debilitaba por momentos. Si las hojas se cerraban sobre ella, tal vez sería tarde para sacarla con vida de la monstruosa planta.

Killer estaba disparando una de sus poderosas pistolas automáticas de calibre 45, sobre los tallos y hojas en movimiento, pero las balas, aunque perforaban las plantas y hacen derramar un jugo verdoso a sus tejidos rotos, no parecían detener su voraz agresividad ni terminar con su forma de vida. Brian, más práctico, había creído comprender que las balas de nada servirían para unas criaturas vegetales, y optó por medios muy diferentes.

De sus ropas extrajo unas pequeñas formas ovaladas, de color acero, que lanzó sobre el grupo de flores carnívoras. Al tocar el suelo, los óvalos se quebraron. Brian se echó atrás, avisando a Killer:

—¡Cuidado, apártese lo más posible!

El pistolero así lo hizo. Al pie de las plantas, empezó a arder la vegetación cuando brotaron de las cápsulas rotas unas llamaradas intensas y abrasadoras que, pese a lo tierno de los tallos, prendieron en éstos, comenzando a ennegrecerse las enormes flores. Yutte gritó, cuando su captora se agitó, en convulsiones furiosas, y terminó abriendo sus pétalos rugosos y adherentes, dejando caer a tierra a la joven. Brian se apresuró a sacar a Yutte de la tierra encendida, entre sus brazos.

En escasos instantes, todas las flores fueron exterminadas por aquel violento fuego químico provocado por los proyectiles de Kervin. Éste, jadeante, se abrazó a Yutte, que lloraba angustiadamente.

—Oh, Brian, mi vida, ha sido horrible... —gemía la joven—. Realmente horrible... Ahí dentro... ahí dentro parecía haber alguien vivo, voraz... Sentía como un jadeo, como si la flor pensara y estuviera devorándose... Era cálida, viscosa, húmeda...

—Sí, lo entiendo. Plantas carnívoras vulgares. Pero aumentadas inverosímilmente de tamaño. Una prueba de los recursos de Hargood.

—¿Crees que es obra de ese loco criminal?

—Lo es, sin duda. Mediante un abono químico creado por él, debió hacer crecer terriblemente a un puñado de casi inofensivas plantas carnívoras que se alimentan de insectos. Con su

desmesurado crecimiento, aumentó su fuerza, su voracidad, su peligro. Pero si era su primera trampa, la hemos conjurado por fortuna. Debemos ir sobre aviso. Esto significa sólo un aviso inicial de lo que era capaz ese hombre. Algo así como un simple peón en su tablero de imaginario ajedrez, querida. Imaginemos lo que podrá ser un alfil o una torre, y no ya una reina...

—Dios, Brian, ahora si empiezo a tener miedo... —se quejó ella, angustiada.

—Es saludable sentir miedo —rió él—. Ayuda a estar alerta, cariño. Vamos, es hora de seguir adelante, ocurra lo que ocurra.

A sus espaldas quedaron las súper plantas creadas por el ingenio criminal del desaparecido Hargood. Y con ellas, destruidas por el fuego, la primera victoria parcial de los espías, en su lucha contra el superhombre de la guerra.

No mucha mejor suerte tenían en esos momentos Yuri Dusinov y Ralph Seymour, en su marcha hacia las ruinas de la meseta central de Isla Iguana.

El soviético y el inglés estaban encarados ya a otro peligro de muerte, tan escalofriante como las gigantescas flores carnívoras que casi devoran a Yutte Sondgaard.

Este peligro no era vegetal, sino animal. Pero algo siniestro convertía lo que podía haber sido un vulgar ataque de fieras selváticas en un seguro enfrentamiento contra los recursos diabólicos de Milton Hargood.

Porque quienes se enfrentaban a ellos en feroz ataque, no eran temibles pumas o peligrosos reptiles, poniendo por caso... sino aparentemente inofensivos pajarillos.

Pequeños, simpáticos pájaros de brillantes plumaje policromado, bellísimos ejemplares de la fauna alada caribeña, formando unas bandadas ominosas, se lanzaban sobre ellos dos, con la muerte casi tangible en sus pequeños picos afilados y en el brillo demencial de sus ojillos.

Habían surgido como una brillante nube multicolor, de entre la espesa y umbría masa que formaban las copas de los árboles, filtrando escasamente la luz solar del cálido día. Y emitiendo chillidos enloquecidos, demenciales graznidos impropios de especies tan inofensivas de pajarillos, los pequeños animales se precipitaron sobre sus víctimas como una oleada feroz y despiadada.

Yuri tuvo el tiempo justo de arrojarse a tierra, de bruces, cubriendo su rostro, en especial sus ojos, al peligroso picoteo de los animales, mientras Seymour se echaba el sombrero al rostro, y comenzaba a disparar su rifle vertiginosamente sobre el alado agresor.

Abatió a numerosos animales, pero los demás picotearon salvajemente sus ropas, sus manos y piernas, tiñéndole de sangre en breves instantes. Desde el suelo, Yuri Dusinov hizo varios disparos con lanzallamas de bolsillo, proyectando chorros de fuego sobre las aves. Calcinó a docenas de ellas, entre un griterío ensordecedor de los pájaros, pero las demás siguieron zahiriendo a su compañero y acribillándole a él mismo las espaldas con sus picos pequeños pero fuertes.

Con rápida decisión, el soviético proyectó ahora el chorro de su pistola-lanzallamas sobre la verde vegetación, sabiendo que era imposible prenderle fuego, dado lo tierno y húmedo de aquella flora. Pero logró su objetivo primordial: el chorro de llamas provocó una densa humareda, al contacto con las plantas verdes y jugosas. El humo se espesó, envolviendo a los animales y a ellos mismos. El aire olía a hierba chamuscada y a leña húmeda. Pero bastó.

Aquel humo aturdía y enloquecía más aún a los animalitos, haciéndoles volar torpemente, entrechocando entre sí y cayendo a tierra en auténtica lluvia de cuerpecillos inertes o sacudidos por el espasmo de la agonía.

Seymour sustituyó las balas de su rifle por cartuchos de perdigones, que poseía en su arsenal particular, y con tres o cuatro disparos, dispersó definitivamente a los agresivos pajarillos, tras abatir a docenas de ellos en medio de la humareda que les ponía en fuga.

Se alejaron del lugar, jadeantes, con sus ropas teñidas en sangre, hasta caer, agotados, junto a un reguero de agua procedente de algún arroyuelo cercano. Allí mojaron sus heridas y sus enrojecidas ropas, respirando con pesadez.

—Dios mío, qué pesadilla —se quejó el inglés—. Parecían locos esos pájaros del diablo. ¿Qué clase de isla es ésta en la que hasta los animales más inofensivos se convierten en una amenaza?

Dusinov no comentó nada. Abrió su mano izquierda, apretada hasta entonces. Seymour descubrió que el ruso llevaba entre sus

dedos el cuerpecillo sin vida de uno de los bellos y feroces pajaritos. Examinó el agente de la KGB el cuerpo del animal, deteniéndose particularmente en su diminuta cabeza, de la que, con sumo cuidado, extrajo algo, adherido al plumaje policromado. Lo examinó, ante la sorpresa de Seymour, tendiéndoselo luego al británico.

—Vea eso, amigo —dijo—. Curioso y diabólico, ¿no crees?

Seymour tomó en su mano el diminuto objeto que le tendía el ruso. Era más pequeño que una lenteja, de color gris pálido. Fácil de no advertir entre el plumaje del ave. No le costó identificar su naturaleza real.

—¡Un microordenador! —jadeó—. Cielos, ¿qué hacía en la cabeza de ese pájaro?

—Ya puede imaginarlo —sentenció Duginov sombríamente—. Un microordenador, aplicado a cada cabecita de uno de esos inofensivos pajarillos, y debidamente programado, convertía a las simpáticas aves en auténticos asesinos por medio de la electrónica. Sus cerebros actuaban bajo el control de las órdenes programadas en esos diminutos ingenios. Y se lanzaban a matar ciegamente, impulsados por la voluntad ajena...

—Hargood —masculló Seymour—. Es obra de Hargood, no hay duda...

—No, no la hay —suspiró el soviético—. Sólo un hombre como él lograría convertir a una bandada de pajarillos inocentes en una nube de feroces criminales. Su capacidad creativa no conoce límites. Esto nos da un ejemplo de su talla. Y de lo que nos espera en esta diabólica selva, amigo Seymour...

—Así es. A partir de ahora, hay que caminar con más cautela que nunca, Duginov. O estamos perdidos irremisiblemente.

—Así es. Sólo espero que nuestros camaradas tengan igual cuidado... y la misma suerte que nosotros hasta el momento.

## CAPÍTULO V

### LA SELVA QUE VIVE... Y MATA

Mao Tai Kang se sentó en unas piedras, dirigiendo una mirada a la aún remota silueta del apagado volcán, allá en la distancia, recortándose contra el cielo intensamente azul y el crudo sol deslumbrante de la mañana tropical.

—Ya son cinco horas de camino, y todo va bien —comentó—. Demasiado bonito para que dure mucho, Yvonne.

La francesita afirmó, cruzando sus piernas con indolencia frente a su camarada de Pekín. Sonrió con coquetería muy parisina, conocedora de la dosis de atractivo y provocación que poseían sus largas pantorrillas y sus bien formados muslos para los ojos de un hombre, aunque fuera de raza china.

—Podemos descansar un poco y almorzar algo —sugirió ella—. ¿O ha pensado en algo mejor, amigo Mao?

—No, nada mejor que reponer fuerzas, dado lo difícil del camino —dijo Mao, aparentemente ajeno al encanto de sus bellas extremidades, abriendo su mochila.

—Yo pensé que quizá preferiría descansar un poco, tumbarse en tan mullido césped un rato —dijo ella con frivolidad, señalando el blando suelo herboso—. Serían sólo unos minutos. Podríamos charlar tumbados aquí, Mao. De muchas cosas más gratas que de nuestro trabajo actual, pasado y futuro... si salimos con vida de aquí, claro.

—No me gusta mucho charlar. Y tampoco descansar, cuando hay tanto por hacer —rechazó el oriental, sacando los alimentos de su mochila—. ¿Quiere algo de mi comida, Yvonne? Zimmerstein piensa en todo, y llevo excelentes cosas de mi cocina...

—No, gracias. No tengo apetito —dijo ella, frustrada. Miró

curiosa al chino y sonrió, cambiando de postura sus piernas y soltando un botón más de su camisa, con la excusa más socorrida del mundo—: Uf, qué calor hace aquí... Mao, ¿usted no piensa a menudo en el amor?

—¿El amor? —El chino sonrió, negando con la cabeza—. No, no mucho. No soy occidental. No me dejo dominar por mis pasiones.

—Yo, sí. Para eso soy francesa —confesó Yvonne, acariciando suavemente uno de sus bien formados pechos—. Me vuelve loca hacer el amor. Sobre todo cuando estoy en tensión. Y ahora lo estoy.

—Lo siento. Debí elegir otro compañero de viaje.

—Sí, empiezo a darme cuenta de ello —se mordió el labio inferior—. Con Brian Kervin sería distinto. Ese hombre me enloquece. Es devastador con las mujeres, ¿lo sabía?

—Sí, algo he oído decir de eso —el oriental sonrió apacible, tomando un «rollo de primavera» con fruición—. Es todo un seductor, ¿no? Pero lleva una atractiva compañera. No creo que pudiera hacerle caso a usted o a cualquier otra. También la amiga de Zimmerstein miraba de un modo especial a Kervin...

—¿Jaron Yalman? —Yvonne frunció el ceño—. No hará el amor, Mao, pero a usted no se le va una, amigo.

—Es parte de nuestro trabajo —rió el chino—. Le aconsejo comer, Yvonne. Debe reunir fuerzas por lo que pueda suceder de aquí en adelante. Algo me dice que la calma no puede durar mucho...

—Sí, tiene razón —suspiró ella, abriendo su propia bolsa—. Con usted al lado, sólo me queda comer, beber... Cualquier cosa menos gozar de algo menos prosaico. Mao...

El chino, insensible a su provocación, continuó comiendo en silencio.

Y de repente, llegó la Muerte.

Mao Tai Kang lanzó un alarido ronco, gutural, casi animal, que denotaba dolor, sorpresa, angustia, un sinfín de emociones poco frecuentes en el oriental.

Sobresaltada. Yvonne soltó su comida, mirando con estupor al chino, al tiempo que dirigía con rapidez su mano a la pistola automática que colgaba en su cintura.

Ya era tarde. Sus ojos, dilatados por el horror, contemplaron lo

increíble que se mostraba ante sus ojos.

Mao Tai se debatía en medio de una repentina nube de pequeños cuerpecillos oscuros que envolvían sus brazos, sus piernas, subían por sus dedos y su comida, devorándola en segundos, y llegando en oleadas hasta su rostro.

Lanzó alaridos terribles, llevándose las manos a los ojos, sin poder impedir que aquella masa informe, en terrorífico y rápido despliegue, se adentrara en sus pupilas en medio de un dolor espantoso, insufrible, que se convirtió en agonía demencial cuando debieron alcanzar en oleadas voraces su propio cerebro...

—¡Hormigas termitas! —chilló desfavorida Yvonne, saltando sobre las rocas, mientras legiones de los temibles insectos se movían también hacia ella, pero más lentas posiblemente porque Yvonne no había llegado a desenvolver su comida y el olor de ésta no excitaba tanto a sus agresoras.

Mao se convulsionaba en tierra, cubierto materialmente por millones de hormigas voraces que, como una marabunta repentina e inexplicable, se había adueñado del infortunado oriental, devorándole sus órganos vitales en instantes.

Nada podía hacer Yvonne por sus compañeros. Sólo podía intentar buscar su propia salvación, antes de que fuese demasiado tarde. Arrojó tras de sí todos los alimentos de su mochila, como señuelo para las hordas ciegas de los himenópteros feroces. Los insectos cubrieron en segundos aquellas raciones de comida, devorándola en medio de un crepitante sonido que helaba la sangre en las venas.

Yvonne se encaramó a un árbol de grueso tronco, cuya corteza perforó febrilmente con su cuchillo, hasta hacer brotar una especie de leche verdosa de su interior. Conocía aquella especie vegetal y sabía de su humedad interior. El tronco, bañado de aquella savia espesa, sería un camino difícil para las huestes de hormigas asesinas.

La joven francesa, una vez en lo alto de aquella palmera jugosa, tomó unas recias lianas y, al estilo de una auténtica mujer-tarzán, saltó de árbol en árbol, gracias a su destreza y agilidad, alejándose rápidamente del lugar de la tragedia.

Iba sin equipaje, sin apenas armas, sin víveres, pero con vida. Tras ella, quedaba un cuerpo devorado por las hormigas, la primera

víctima en aquella lucha desesperada contra un genio del mal. Mao Tai Kang había dejado su vida en el empeño. Yvonne estaba segura de que aquellas inofensivas hormigas se habían convertido en lo que eran gracias a las artes científicas de Milton Hargood. No era difícil para un hombre como él conseguir que una colonia de hormigas termitas pudiera transformarse en masa asesina, voraz, ávida de carne humana, con sólo alterar bioquímicamente su genética y su conducta.

La astucia criminal de Hargood se había cobrado su primera pieza después de morir. La batalla sobre el tablero verde de aquella lujuriosa isla tropical había comenzado mal para los espías: uno de ellos era ya baja definitiva. Ahora, el desaparecido Hargood llevaba la ventaja en su siniestro juego después de muerto.

—Pobre Mao —susurró Yvonne, con lágrimas en sus ojos, antes mujer sentimental que endurecida espía—. No sabía hacer el amor, pero era un buen muchacho...

Y ya no existe. Sólo quedamos cuatro... suponiendo que los demás sigan con vida, como yo...

El sol empezaba a descender hacia el horizonte, las sombras se alargaban y la jungla, en torno al Río Culebras, se iba tomando más umbría y tenebrosa a medida que avanzaba la tarde hacia su crepúsculo.

Los tres expedicionarios descansaban junto al cauce ribereño, tomando un pequeño refrigerio. El cansancio asomaba a sus rostros.

—¿Y esta noche qué haremos? —preguntó Killer Kramer—. Puede ser peligroso acampar en esta selva...

—Lo es, sin duda alguna —asintió Brian gravemente—. Pero no podemos hacer otra cosa. Elegiremos un lugar aparentemente seguro, tal vez este mismo, y montaremos guardia uno de los dos en todo momento.

—¿Y yo no? —protestó Yutte—. Me siento un poco parásito si no hago nada...

—Es mejor que vigilemos nosotros, señorita —dijo Killer con fría cortesía—. Estamos más avezados a ciertas cosas. Haremos tumos de dos horas, ¿le parece bien? Eso nos mantendrá más despejados durante la guardia.

—De acuerdo, Kramer —asintió Brian, contemplando las azules aguas, cada vez más oscuras a causa del declive solar y las sombras

de la jungla—. Mañana llegaremos a Lago Caimán. Pero de momento no hemos visto señal alguna del plan maestro de Hargood.

Los detectores no señalan la presencia de ningún ingenio electrónico por el momento.

—Así es. Tal vez Hargood logró neutralizar la detección de metales y de impulsos electromagnéticos mediante algún sistema revolucionario, suyo, ¿no es posible?

—Posible, sí. Pero factible, no. Utilizo un mecanismo altamente sensible a toda clase de radiaciones electromagnéticas, por pequeñas que sean. Puede detectar un microordenador situado a media milla de distancia. Hiciese lo que hiciese, Hargood no pudo esconder su instalación, aunque sí es posible que la disimule o camufle con otras muchas falsas dispuestas para engañarnos y desorientarnos.

—Ojalá sea como usted dice, pero aun así, podemos pasar los tres días sin encontrar nada, ¿verdad?

—Es un riesgo muy posible, sí. En cuyo caso, todo estaría perdido.

Killer meneó afirmativo su cabeza, con aire sombrío, paseando por el paraje. Yutte se acercó a Brian y le rodeó con un brazo, apoyando su roja cabecita en el hombro del agente.

—Brian, tengo un raro presentimiento —musitó en voz baja.

—¿Cuál? —Él la miró rápidamente, con sorpresa.

—Creo que nos vigilan.

—¿Qué? —masculló Brian, en tensión, mirando en derredor con cautela.

—No, no te muevas. Tal vez sólo sea una figuración mía, pero casi podría percibir una mirada fija en mí... desde alguna parte. Es la sensación de sentirme espiada, controlada por alguien. Pero no he captado ruido alguno, no he visto nada sospechoso...

—Puede que tu instinto no te engañe, Yutte. Te confieso que al detenernos aquí, noté algo parecido, pero de inmediato lo deseché —dirigió otra ojeada en torno suyo—. Éste parece un lugar idóneo para acampar: el río al lado, ese muro de piedras, la vegetación al otro lado... Protegido y confortable. Me quedaría aquí esta noche. Pero alguien pudo pensar lo mismo cuando instaló sus diabólicas trampas en esta isla.

—¿Hargood?

—Exacto. Eso y la circunstancia de que ambos hayamos creído intuir una vigilancia por parte de alguien, me hace recelar... — Levantó la voz para dirigirse a Killer—. Kramer, nos vamos. Elegiremos otro lugar para acampar.

—¿Cuál? Creí que éste era bueno... —comenzó Killer volviéndose hacia él.

Se detuvo. Su astuta mirada color plomo captó en la expresión de Brian algo especial. Afirmó con la cabeza, despacio, su cuerpo en tensión. Echó a andar hacia los bártulos dejados en tierra, para iniciar la marcha.

—Está bien —dijo con aire natural—. Vamos ya, amigos.

En ese preciso instante, el enemigo oculto se manifestó súbitamente.

Y con él, llegó también la amenaza letal escondida en la jungla, lo que tanto Brian como Yutte habían sentido momentos antes.

Apenas había tomado Killer su mochila y sus armas, una luz radiante brotó de la jungla y se proyectó sobre él, cegadora.

El cuerpo del pistolero se agitó, como iniciando una grotesca danza en medio de aquel chorro de luz azul... ¡y comenzó a *disolverse* ante los ojos atónitos y horrorizados de Brian y de Yutte!

Sus piernas, sus brazos, se desintegraban, convirtiéndose en humo, en simple vaho grisáceo, a medida que desaparecían de la vista, bajo aquella luz siniestra.

—¡Fuera de esa luz, Killer! —rugió Brian—. ¡Salga de su radio de acción!

Lo intentó, pero ya no le era posible, porque sus dos piernas se habían disuelto en la nada, devoradas por lo invisible, por lo desconocido. Cayó su tronco a tierra, revolcándose en espantosa agonía, lanzando alaridos patéticos, con sus ojos clavados en Brian y en ella, mientras su cabeza misma comenzaba a desintegrarse hecha simple humo.

Kervin, lívido, dirigió su pistola a la espesura y disparó dos, tres veces, contra el punto de origen de aquel rayo de luz. Con un chispazo violento, la luz se disolvió en la nada, pero para entonces, Killer Kramer era sólo un fragmento de cuerpo humano, agitándose en tierra, sin extremidades ni cabeza, en una rápida agonía.

—Dios mío, Brian... —sollozó Yutte—. ¿Qué es esa horrible cosa?

—No lo sé, pero lo presiento —jadeó Brian, sin moverse. Sus ojos escudriñaban todo en derredor, tratando de ver más allá de la espesura, cada vez más umbría y por tanto impenetrable—. Seguimos vigilados por alguien o por *algo*, Yutte... Y ese punto de origen de la luz desintegradora... no era nada *humano*, puedo jurarlo.

—¿Qué, entonces? —susurró ella, despavorida.

—No lo sé. Pero tenemos que salir de aquí cuanto antes...

—Sí, Brian, vamos, vamos pronto —gimió ella, echando a andar rápidamente, en su afán por abandonar aquel lugar convertido en tumba de su compañero Killer Kramer.

—¡Cuidado! —rugió Brian de inmediato, al verla a ella pisar con fuerza el terreno herboso.

La arrojó violentamente, lejos de aquel punto, justo cuando se encendió otro destello en la espesura, y un nuevo chorro de luz cayó en el punto exacto donde la joven se hallaba situada un segundo antes.

El fuego azul desintegró hierba y tierra con rapidez, haciendo un hoyo profundo, no lejos de las piernas de Yutte. Brian disparó con celeridad contra la espesura, y de nuevo el rayo disolvente se extinguió contra la espesura, salvándose Yutte de una muerte tan horrenda como cierta.

—Brian, Brian... —sollozó—. Me has vuelto a salvar la vida...

—Es mi misión —suspiró él, con dura sonrisa, inclinándose junto a ella sin dejar de escudriñar la jungla, arma en mano, tras una mirada sombría y lastimosa a los restos inertes del infortunado Killer.

—Brian, ¿qué está ocurriendo? ¿Quién dirige esa luz asesina contra nosotros?

—Hargood, por supuesto.

—¿Cómo es posible? Él está muerto...

—Él sí, pero no sus artilugios. Debíó plantar células fotoeléctricas altamente sensibles en este claro, bajo la hierba. Cuando se pisa alguna, se activa una especie de rayo desintegrador, posiblemente un invento suyo, oculto en esa espesura. Diversos focos emiten esa luz disolvente que desintegra la materia orgánica.

Y se activan mediante esas células. Este claro tan apacible es todo un cepo de muerte preparado para los incautos. Por desgracia, lo hemos sabido demasiado tarde para poder salvar al pobre Killer...

—¿Y cómo podemos salir de aquí con vida, Brian? Puede haber muchas de esas células para pisar... y muchos focos de luz desintegradora.

—De hecho los hay, estoy seguro. Sólo tenemos un camino donde no pisar mecanismos infernales.

—¿Cuál?

—El río. Nademos en sus aguas. A menos que Hargood pensara en sembrarlo de pirañas, es nuestra única salida. Y creo que esta posibilidad es tan obvia, que la habrá desechado, por considerarla impropia de su ingenio.

—Pero ¿y si hubiera llenado las aguas de pirañas?

—Tendríamos que morir, de todos modos —sonrió Brian—. Debemos arriesgarnos, nos guste o no. Tierra firme, es la muerte. El río... no lo sabemos aún.

—Bien. Entonces, adelante. Cualquier cosa será mejor que permanecer aquí un momento más.

—Deja las mochilas dónde están. No podemos arriesgarnos a caminar para recogerlas, Yutte.

—Pero los alimentos, las armas, la munición, los recursos...

—Debemos prescindir de todo. La selva tiene frutos y animales. Nos alimentaremos de ellos. Llevo armas suficientes encima. Y el detector de metales y radiaciones en mi cinturón. Eso bastará. ¡Vamos, al agua, querida! De un salto y sin tocar tierra.

Así lo hicieron, precipitándose en las aguas. Se sumergieron, temiendo siempre sentir su carne acribillada por las fauces feroces de millones de pirañas. Pero nada sucedió en su inmersión, y pudieron regresar a la superficie, iniciando sus brazadas río arriba. Antes, Brian se volvió hacia el claro... y arrojó unas piedrecitas del lecho del río contra el suelo.

Apenas tocaron algunas de las piedras en varios puntos, cuatro o cinco chorros de luz azul brotaron de la espesura, concentrándose en diversos lugares del claro, allí donde tocaron los guijarros.

Brian y ella se alejaron río arriba, a rítmicas brazadas, sin esperar a más.

## CAPÍTULO VI

### LLUVIA MORTAL

—¡Fracaso! —rugió airadamente Ralph Seymour, tras levantar montones de tierra de aquella amplia franja de la selva, y encontrar debajo simplemente una serie de circuitos y cables unidos a una caja negra, de apariencia totalmente inofensiva.

—Me lo temía —sonrió Dusinov, dejando su propia pala a un lado y enjugándose el sudor—. Hargood nos tendió un señuelo. Cuando detectamos aquí señales de radiaciones electromagnéticas, estaba burlándose de nosotros. Habrá docenas de aparatos así, totalmente inútiles, en toda la isla.

—Parecían señales legítimas... —se quejó el británico, dejándose caer en las rocas removidas, con gesto de disgusto.

—Claro. Él sabía que pensaríamos eso —el soviético se inclinó sobre el ingenio evitando cuidadosamente tocarlo—. No es la computadora que buscamos, está claro. Pero sí podría ser un mecanismo de muerte, uno más de los creados por ese monstruo.

—Por si acaso, no lo toquemos, Dusinov. Y sigamos viaje.

—Es casi de noche ya, Seymour —le avisó el ruso.

—Es igual. Se puede viajar de noche.

—Sería mucho más fácil caer en las trampas de Hargood. Creo preferible esperar al nuevo día.

—¿Dónde? ¿Aquí mismo?

—No, tal vez no sea prudente. Ese ingenio puede ser una trampa si pernoctamos aquí. Recuerde que él habrá medido incluso distancias y tiempo, y calculará que este lugar puede ser de acampada si unas personas caminan a ritmo normal todo el día.

—Tiene razón —Seymour miró con recelo el instrumental electrónico enterrado ante ellos—. Vayamos más adelante. Creo que

será lo mejor.

—Sí, en marcha —asintió Duginov.

Recogieron sus cosas e iban a dejar atrás el hoyo practicado, cuando de repente el soviético se paró en seco, aferró un brazo de Seymour y habló con voz ronca:

—Espere. No, será mejor no seguir adelante. Nos quedamos aquí.

—¿En qué quedamos? ¿Qué mosca le ha picado ahora para cambiar de idea, Duginov? —Se irritó el inglés.

—Algo muy simple. Nos las estamos midiendo con un genio que previene todas las jugadas del adversario antes de mover sus piezas. Bien, según eso, Hargood sabía que nosotros sospecharíamos de ese mecanismo y nos apresuraríamos a marcharnos de aquí. Por tanto, nada mejor que hacer un artefacto inofensivo... y poner la verdadera trampa más allá de este lugar, en el camino obligado para seguir la ruta.

—Eso tiene cierto sentido, pero ¿cómo saber si usted acertó, Duginov?

—Probaremos —dijo el agente de la KGB, tomando una de las palas, yendo hasta el agujero hecho en tierra y, desde allí, arrojar la herramienta al otro lado, justo al centro del camino que serpenteaba entre frondosos árboles y densos matorrales.

Cuando la pala tocó el suelo, se produjo de inmediato una formidable explosión, el suelo se conmovió, y toda la anchura del sendero se convirtió en una especie de turbulento volcán en erupción, arrojando al aire piedras, tierras y polvo, entre denso humo negro y llamaradas.

—¡Cielos! —farfulló Seymour—. Nos hubiera despedazado pisar eso...

—Ya lo ve, amigo —sonrió el ruso—. Muy astuto nuestro adversario Hargood, ¿no? Siempre prevé lo que uno va a hacer... o casi siempre, cuando menos.

En ese momento, del fondo de la zanja abierta, apenas apagados los ecos de la sobrecogedora explosión, surgió una voz que les era conocida, por haberla oído ya grabada con anterioridad en la finca de Zimmerstein:

—Si pueden escuchar ahora mi voz, les felicito. Esa explosión habrá activado este mecanismo y podrán escuchar el mensaje de

Milton Hargood —dijo la voz en la caja negra—. Han sido muy listos anticipándose a mis movimientos, y ello denotará que me enfrento a auténticos enemigos de talla. Pero no se hagan ilusiones. Aún queda mucho para que puedan vencerme. La próxima vez, no tendrán tanta suerte...

La risa irónica que tan bien recordaban, puso fin a la grabación. Seymour y Dusinov se miraron en silencio, con gesto grave.

—Ese tipo empieza a ponerme furioso, incluso sabiendo que está muerto —refunfuñó con disgusto el británico.

—Y a mí, amigo mío —convino el ruso, ceñuda su expresión—. Es lástima que ya esté muerto. Me hubiera gustado matarle con mis propias manos. Ahora, descansemos tranquilos, amigo Seymour... Con el nuevo día, comenzarán otra vez los problemas, estoy seguro.

El sol había secado ya sus ropas al emerger sobre la jungla.

Brian y Yutte se separaron uno de otro, tras dormir abrazados estrechamente, desnudos ambos, bajo una montonera de hojarasca por toda ropa. Se vistieron, contemplando el reverbero solar en el río que discurría perezoso junto a ellos.

—Creo que el lago está próximo —señaló Brian—. Ayer tarde dimos un buen avance nadando río arriba antes de elegir este sitio para acampar y secar nuestras ropas. ¿Seguimos, querida?

—Sí, Brian —ella le miró con ojos tiernos mientras cubría sus turgentes pechos desnudos con la camisa—. He sido tan feliz esta noche a tu lado...

—Y yo —sonrió él—. Ahora, confiemos en que la suerte siga sonriéndonos a ambos. Va a ser cada vez más difícil seguir con vida, estoy seguro de ello.

—No me importa, si he de morir junto a ti —confesó la joven, estremecida de gozo, abrazándose a él—. Pero sé que a tu lado hay muchas posibilidades de sobrevivir.

—Ojalá responda a tu confianza en mí. Tomemos algunos frutos como almuerzo, y a caminar de nuevo, querida...

Así lo hicieron con renovados bríos. El detector acusó en cuatro veces la presencia de objetos metálicos y de radiaciones eléctricas bajo el suelo, pero en todas las ocasiones resultaron falsas alarmas, indicios desorientadores montados por Hargood. Nunca fue mucho más que un simple mecanismo electrónico dispuesto para ser detectado, sin mayor utilidad.

La quinta vez tuvo lugar cerca ya del lago Caimán, visible ante ellos, a la luz del día, y más allá, recortándose contra el cielo azul, entre espesura verde y exuberante, el obelisco natural de piedra roja y superficie bruñida que reflejaba la claridad solar hasta parecer una sangrienta aguja de piedra clavada en la tierra.

—Otra burla de Hargood, sin duda —sonrió Yutte, mirando a Brian, que clavaba su mirada ceñuda en el suelo, allí donde su detector ultrasensible acusaba la presencia de una fuerte emisión electromagnética.

—Puede ser —manifestó él gravemente—. O tal vez otra cosa.

—¿Cómo qué, Brian? —Se inquietó de repente la joven.

—Una trampa mortal, quizás —señaló Brian, pensativo—. Hace demasiado tiempo que viajamos sin problemas, y eso me inquieta. Hargood tuvo que preparar algo para hoy. Y esta radiación es ligeramente más fuerte que las otras. Con un detector normal parecería de idéntica intensidad, pero no es así. El mío detecta al menos dos puntos más de potencia.

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Abrir una zanja ahí puede ser peligroso. Pero rodearlo y seguir, también. Quizás Hargood haya previsto también la existencia de un detector muy sensible y juegue con nuestras reacciones personales. Recuerda que jugaba al ajedrez y preveía las jugadas ajenas...

—¿Qué temes?

—No lo sé. Tal vez me equivoque, pero... Ven, retrocedamos un poco y busquemos otro camino a través de la espesura. Puede que sea lo mejor.

Iniciaron el retroceso inesperadamente. Yutte apretaba con fuerza el brazo de Brian. Ambos se dirigieron hacia la espesura situada a su derecha, donde rocas y vegetación formaban un denso amasijo.

De súbito, en el cielo despejado comenzó a formarse una tenue nubecilla blancuzca. Crecía con rapidez, como sucede a veces con esas nubes aisladas en los sitios tropicales. Se tomó algo gris, casi pizarrosa, y Brian olfateó el aire.

—Humedad —dijo—. Es aire húmedo. Tal vez esa nube provoque lluvia...

Así fue. Repentinamente, comenzó a llover, cerca de donde ellos estaban. La nube gris se movía hacia ellos con rapidez. Y derramaba

abundante agua, pese a brillar la luz del sol con intensidad.

—Si llega a ser lluvia torrencial, podremos refugiarnos —sonrió ella—. Mira, hay una gruta ahí mismo...

Brian asintió, viendo la oquedad entre las rocas y la vegetación selvática. Pero sus ojos de volvieron, sorprendidos, a la nube. Ésta crecía de tamaño y se tornaba más y más plomiza. Vertía abundante lluvia sobre la zona que ensombrecía con su forma.

Una culebra y una comadreja salieron de la espesura, enzarzadas en una pelea furiosa. Yutte apretó el brazo de Brian, excitada por la presencia de los animales salvajes.

—Calma —dijo Brian—. La comadreja vencerá, siempre ocurre igual. No temas a la serpiente...

Ocurrió algo anormal, increíble. Ambos animales cayeron en feroz lucha en la zona batida por la lluvia, a menos de diez yardas de donde se hallaban ellos dos.

Apenas les tocó la lluvia, el resultado fue espantoso.

El reptil comenzó a culebrear, furiosamente, olvidando por completo a la comadreja, y pareciendo centrar toda su furia en combatir con un invisible enemigo. También su adversario, dejando de lado su rabioso enfrentamiento con la serpiente, se agitó, convulso, dando tumbos bajo la lluvia. Y ambos, como fulminados por una fuerza desconocida, se pusieron luego rígidos, quedando inmóviles en escasos segundos.

La lluvia se aproximaba a Brian y Yutte, a medida que la nube también lo hacía con extraña rapidez. Fulminante, el joven agente tomó a su compañera de la mano y corrió hacia las rocas, gritando con voz ronca:

—¡Cuidado, cuidado! ¡A cubierto, pronto! ¡Esa lluvia es mortífera! ¡Es otra arma creada por ese miserable de Hargood! ¡Si nos alcanza, nos matará como a esos animales que, casualmente, acaban de revelarnos su naturaleza!

Corrieron hacia la caverna. Yutte tropezó, cayendo de bruces, mientras la siniestra nube y su diabólica lluvia se aproximaban a ellos velozmente.

Por fortuna, Brian la tomó prestamente en brazos y corrió con ella, penetrando en la oquedad rocosa justo cuando ya el aguacero mortal caía en su entrada. Por sólo unas décimas de segundo habían salvado sus vidas.

—Brian, Dios mío... —musitó ella, abrazada fuertemente a él, viendo la fatídica lluvia allá fuera—. ¿Qué... qué puede ser ese nuevo horror?

—Un ingenio diabólico de ese monstruo. Se crea una nube artificial, posiblemente al detonarse un mecanismo electrónico mediante mi propio detector, brotando de algún oculto recipiente una nube de gas letal que, a su vez, en contacto con el aire, se humedece con rapidez y se convierte en líquido. Líquido que no es otra cosa que veneno activo, que mata por simple contacto con la piel de seres vivos, animales o seres humanos.

—Pero... pero con esas trampas por el camino, Brian, nunca llegaremos a destino, nunca encontraremos la clave de esa guerra que va a desencadenarse en cualquier momento en el mundo...

—Les felicito a ambos muy gustosamente, Brian Kervin. Ustedes ya han encontrado su destino. Acaban de llegar al lugar dónde está la computadora que provocara la guerra atómica en el mundo...

Asombrados, se volvieron ambos, al oír la voz a sus espaldas.

Dentro de la gruta, una persona les miraba con fría sonrisa. Brian no pudo intentar buscar arma alguna, porque una poderosa pistola les encañonaba, desde la mano de su interlocutora.

Porque ésta era una mujer. Una hermosísima, exótica mujer, llamada Jaron Yalman. La morena y bellísima amante de Zoltan Zimmerstein.

—Usted... —murmuró Brian, apretando contra sí a Yutte—. Jaron Yalman... ¿Qué hace aquí, tan lejos de su amante?

—Él cree que estoy en un lugar muy distinto —sonrió Jaron—. Les he seguido, convencida de que sería usted, Brian, quien diera con el lugar.

—¿Cómo sabe que éste es el lugar? ¿Qué papel representa usted realmente en todo este drama?

—Uno muy diferente al que me asignó el todopoderoso Zimmerstein —rió burlonamente ella—. La charada de Hargood no era tan difícil como imaginaban todos, mi querido Zoltan a la cabeza. Ya ve que la ha encontrado con relativa facilidad. Kervin.

—Eso no me consta. Esto es solamente una gruta, donde usted aparece como por arte de magia, señorita Yalman.

—Esta gruta conduce a la gran computadora central que activará

los centros estratégicos mundiales dónde están los misiles. Serán ustedes dos testigos de excepción del momento en que estalle esa guerra a escala mundial.

—¿De modo que usted sigue la tarea que inició el difunto Hargood? —preguntó Kervin fríamente.

—Yo era la amante de Hargood en realidad, sin que Zimmerstein lo sospechara jamás —confesó con helado cinismo la hermosa mujer del pelo negro y los ojos de bronce y oro—. Y sigo siéndolo. Su amante, y futura dueña del mundo, cuando Zoltan deje de existir y la guerra total sea un hecho...

Se volvió con gesto triunfal. Por el fondo de la gruta, también empuñando un arma moderna, una ligera y poderosa metralleta, aparecía un hombre albino, pálido, de ojos glaucos, de rostro lívido y cruel, de sonrisa maligna...

—¡Milton Hargood! —exclamó Brian Kervin—. Está usted vivo...

—Así es, Kervin —dijo el recién llegado con ironía, con aquella misma voz que todos oyeron la noche de su llegada a la isla—. Soy Milton Hargood, y ese canalla de Zimmerstein no pudo acabar conmigo. Yo acabaré con él. Jaron me salvó, advirtiéndome a tiempo, y sólo sacrificó mi yate y mi tripulación, pero no a mí, que ya estaba a salvo en tierra firme cuando voló mi barco por los aires... Ahora, voy a cumplir su deseo: volar el mundo en pedazos con una guerra que me convierta en amo único. Pero será sin que él viva para contarle... junto a mi amada Jaron.

## CAPÍTULO VII

### JAQUE MATE

Ahora estaban en el corazón mismo de la caverna que, bajo el suelo frondoso de la jungla de Isla Iguana, mostraba la maravilla técnica de una vasta computadora, donde toda clase de trampas dispersas por la isla aparecían programadas, junto al programa fundamental, el del lanzamiento de misiles en el Golfo Pérsico, en Damasco, en Washington y Moscú, preludio de la última y más pavorosa conflagración bélica de la historia mundial.

Una vasta gruta circular, con la computadora en su centro, emitiendo mil destellos parpadeantes, mientras tambores de «memoria» giraban sin cesar en sus paneles de archivo. El gran cerebro electrónico creado por Hargood para provocar su mayor y más devastadora guerra.

No necesitaba manos para activarla. La máquina lo haría todo. Se había puesto en funcionamiento a las doce de la noche de la primera jornada, y seguía su marcha inexorable. Ante ella, los dos jóvenes prisioneros y sus dos captores, contemplaban con muy distintas emociones la gran máquina que desencadenaría el holocausto final.

—Cómo ve, nadie puede evitarlo ya —sonrió Hargood con gesto radiante.

—¿Y cómo escapará usted de esta isla cuando vaya a estallar? —indagó Yutte.

Hargood se echó a reír, moviendo negativamente la cabeza.

—No, no —declaró divertido—. Eso es falso, señorita. Esta isla no será destruida en absoluto. Fue una broma que me permití gastar a todos ustedes y a Zimmerstein, su anfitrión. Cuando estalle el conflicto, Jaron matará a Zoltan, anticipándose a su inexorable final

por una dolencia irreversible. Su testamento la deja a ella heredera universal. No sólo heredará su inmensa fortuna, sino también su poder ambicionado, ser la mujer más poderosa de la Tierra... y yo con ella, como el hombre de máximo poder.

—Es un plan maestro —ponderó Brian con desgana—. ¿Y nosotros?

—Sus compañeros perecerán en la isla uno a uno. En cuanto a ustedes dos... deben morir. Aquí mismo, tras contemplar el holocausto, que haré iniciar de un momento a otro, en su exclusivo honor.

—De modo que ha triunfado en toda línea.

—Absolutamente, Kervin. Usted es duro de pelar, pero le he vencido. Salvó muchos obstáculos y trampas, para ir a caer al final en la última trampa, precisamente con su triunfo al alcance de su mano, al menos en apariencia —sonrió, señalando la computadora en funcionamiento—. Ya lo ve, Kervin. El agente

M-31

, orgullo de su país, como testigo de la mayor masacre de la Historia. Y sin poder evitar que esa máquina funcione con implacable precisión y transmita las órdenes electrónicas a los centros ya preparados para disparar los misiles. Sólo destruyendo esa máquina, deteniéndola, se podría impedir la guerra mundial. Y usted no puede hacerlo. Nadie puede hacerlo. ¿No es esa mi mayor victoria. Kervin?

—Lo es... siempre que la máquina siga funcionando —sonrió Brian—. Pero imagine que ahora mismo, en este momento... dejara de funcionar para siempre. ¿Qué ocurriría?

—Que el sistema quedaría desconectado definitivamente. Los misiles estallarían en sus refugios al producirse la desconexión, y todo el plan se vendría abajo —Hargood soltó una agria carcajada, con ojos brillantes de gozo—. Pero eso es ya imposible, usted lo sabe. De modo que, aparte una pregunta con auténtico sentido del humor, es una posibilidad inalcanzable para nadie, especialmente para usted. Éste es su fracaso. Y mi victoria.

—El jaque mate anunciado, ¿no?

—Exacto.

—Lo siento. Hargood. Usted jugó demasiado confiado. Y su jaque mate se torna ahora en *mi propio jaque mate* a su rey. Es

decir, *a su computadora*.

—Es usted divertido. Kervin —los ojos incoloros de Hargood revelaban ironía.

—¿Usted cree? Mire eso. Hargood. Es... su jaque mate definitivo.

Y alargó el brazo, como un taumaturgo en la escena decisiva y espectacular donde se juega el todo por el todo.

Igual que una magia imposible, la computadora se detuvo de repente.

Sus mil luces parpadeantes se apagaron, sus pantallas fluorescentes se oscurecieron. El zumbido dejó de sonar. Los paneles de «memoria» se paralizaron.

Un silencio de muerte reinó en la vasta gruta. Incrédulo, Hargood dejó de reír y miró estupefacto a Kervin, luego a Jaron Yalman... y finalmente a la silenciosa, apagada computadora.

—No... —jadeó—. Eso no es posible... ¿Qué ha ocurrido?

—Se lo dije —rió Kervin—. Jaque mate, Hargood. Incluso usted puede perder la partida, ya lo ve.

—¡Es absurdo! —rechazó, más lívido que nunca—. Alguna casualidad... Tal vez el fluido, los generadores...

—No, Hargood. Es la máquina. Está paralizada. Destruída. No actuará. Nunca.

—¡Está loco! —bramó Hargood, frenético. Se precipitó a un cuadro de interruptores y accionó varios desesperadamente. Todo en vano. La computadora seguía silenciosa, inmóvil.

—¿Qué es lo que ocurre? —masculló, encaminándose hacia Brian con rostro crispado—. ¿Qué mil demonios ha hecho, Kervin? ¿Qué significa esto, cómo pudo hacerlo? ¡Es imposible, es imposible! ¡Si ésa avería dura un minuto más, los misiles se autodestruirán... y con ellos todo mi proyecto, toda mi obra!

—Así es, Hargood. Lo siento por usted y sus sueños de grandeza. Pero no podrá reparar ya nunca su computadora. Usted me desafió... y yo recogí su guante, eso fue todo.

—No puede ser... No tiene usted medios, no tiene recursos... para algo así —dijo roncamente el genio de las guerras—. ¡Mi obra es perfecta, no puede destruirla así, sin más!

—Todo el mundo tiene su talón de Aquiles y todo el mundo comete errores, Hargood. Usted también, aunque se crea por

encima de todos. Su mayor error es su propia suficiencia, su superioridad sobre los demás. Admito que es diabólicamente ingenioso, pero también hizo su mala jugada antes, cuando se dirigió a nosotros a través de aquella teatral grabación en casa de Zimmerstein. Entonces comprendí que sólo mediante la inutilización de una computadora en su momento, se detendría su proyecto globalmente, ya que todo dependía de una programación de hechos concretos. Esa noche, en vez de dormir, permanecí en vela, ayudado por mi compañera. Juntos, dispusimos el sistema idóneo para, llegado el momento, inutilizar una computadora por poderosa que ésta fuese, sin medios aparentes para conseguirlo.

—¿Cómo? ¿*Cómo* lo hizo? —La voz de Hargood era un murmullo ronco, crispado.

—Así —Brian desabrochó su camisa, sonriente—. Ves mi cintura, Hargood. Usted es un experto. Sabe lo que es, sin duda alguna...

El siniestro personaje miró lo que hasta entonces ocultaran a medias camisa y pantalón de Brian Kervin. En torno a su cintura, una ancha banda de material plástico protegía una compleja red de circuitos y de microprocesadores en acción. Era una computadora muy especial, diseñada por el FBI para ser conectada al propio cuerpo, y llevarla sin hacer bulto, en forma de simple cinturón.

—Una anti computadora... —susurró Hargood—. Una neutralizadora de emisiones electromagnéticas ajenas... ¡Está neutralizando mi máquina con la frecuencia de esa computadora, que transmite nuevas órdenes a mis procesadores y borra las anteriores!

—Eso es. Y la orden es una sola: desactivación total de los circuitos y borrado de la «memoria». Este ingenio está creado para esa tarea de anulación de programas computados. Aunque ahora destruya usted mi computadora, Hargood, será inútil... porque la suya ya no podrá llevar a cabo su programa previsto.

—Le mataré... ¡Le mataré por lo que ha hecho, Kervin! —aulló Hargood, frenético.

—Iba a matarme igual, ¿lo recuerda? Puede hacerlo, pero ya no le servirá de nada. Nuestros cadáveres serán la prueba de una amarga victoria pagada con un enorme fracaso, admítalo.

—Lo admito —jadeó lívido Milton Hargood—. Pero nadie me

quitará el placer de matarle, Kervin...

En ese momento, sonaron varios disparos en la gruta. Hargood se tambaleó, aturdido, incrédulo. De sus manos cayó la metralleta que iba a vaciar sobre Brian y Yutte. Se volvió, girando sobre sus talones, miró a la fría, altiva Jaron Yalman, que vaciaba fríamente su pistola sobre su amante.

—¡Jaron! ¡Tú...! —susurró atónito.

—Lo siento, amor —declaró ella glacialmente—. Sin poder, no me sirves de mucho. Kervin te derrotó. No tienes la talla que creía. Me buscaré a otro cuando herede el dinero y el poder de Zimmerstein sin necesidad de matarle...

Hargood, entre espasmos, agonizó a pies de su bello verdugo. Ésta sonrió a Brian mirándole por encima de su arma.

—Espero que, a cambio de su vida y la de su amiguita, no diga a Zimmerstein nada sobre mi papel en este asunto —dijo, calculadora, con su dedo en el gatillo.

—Tiene mi palabra —sonrió Kervin con cinismo—. Después de todo, ustedes son lobos que se muerden a sí mismos... y yo sé agradecer un favor como éste, señorita Yalman.

—Llámeme sólo Jaron, querido Brian —rió ella, incitante—. Tal vez cuando no lleve a esa preciosidad a su lado, le busque en alguna parte. Y entonces seré muy rica, Brian... ¿Podré confiar en que me hará algún caso?

—A cambio de mi pellejo puedo ofrecer muchas cosas —asintió Kervin, irónico—. Pero de eso no hablaremos hasta que esta jovencita deje de significar algo para mí... si es que eso ocurre algún día, ¿de acuerdo?

—Podría matarla ahora y pedirle a usted que fuese mío —rió Jaron—. Pero sería un feo modo de conseguirle. De acuerdo, Kervin. Esperaré ese día. Pero cuando esté solo, no dude que apareceré ante usted para recordarle su promesa...

—Tengo muy buena memoria, Jaron —dijo Kervin—. Sobre todo, para las mujeres bonitas...

—¡Brian! —Se irritó Yutte, mirando con celos a la otra mujer.

—Perdona, querida. Hablamos sólo de negocios. Salvar la vida es el mejor negocio que se puede tratar con cualquiera... y en especial con una mujer.

—Me gusta usted, Brian —suspiró Jaron, mirándole

intensamente. Meneó la cabeza—. Lástima que deba perdonar a su amiguita... Bien, pueden irse. Son libres los dos. Les mostraré el regreso a la Fortaleza Negra.

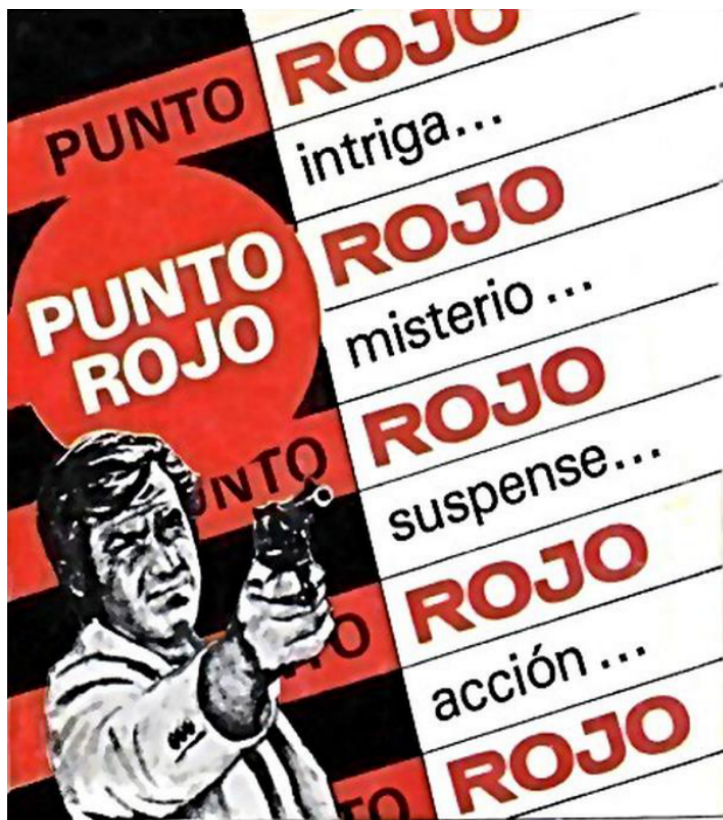
—¿Y... los demás compañeros?

—Los que hayan sobrevivido, están ya a salvo. Destruída la programación de la computadora, las restantes trampas no funcionarán. Podemos recogerlos en el Ojo Sangriento y regresar juntos. Acaba de salvar usted al mundo, Kervin, ¿no le emociona esa circunstancia?

—No mucho, la verdad —sonrió Brian, caminando hacia la salida con Yutte abrazada a él fuertemente—. Tal vez es porque empiezo a estar acostumbrado a ello...

FIN





8 410018 009858

EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA  
60 PTAS.

Impreso en España



## NOTAS

[1] Brian Kervia agente

M-31

, ha sido protagonista de otros relatos de espionaje del mismo autor, y fue trasladado al cine hace algunos años, en un filme titulado Nuestro agente en Casablanca, interpretado por el actor norteamericano Lang Jeffries. (N. del E). < <